

CESAR A. HERRERA

LA BATALLA DE "LAS CARRERAS"

(Sus antecedentes históricos y
consecuencias trascendentales)

IMPRESORA DOMINICANA, C. por A.
CIUDAD TRUJILLO, R. D.

1949





BIBLIOTECA NACIONAL
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
REPÚBLICA DOMINICANA



EXLIBRIS



Barbara Smedon
COLECCIÓN

A mi querido amigo
y compañero Manuel Emilio
Suñer Cheralán, con mi
mayor afecto -

Cesar Alvarez

30/10/49

CESAR A. HERRERA

LA BATALLA DE "LAS CARRERAS"

Sus antecedentes históricos y
consecuencias trascendentales

(Primer Premio en el Certamen Histórico organizado por la Academia Dominicana de la Historia, la Academia Dominicana de la Lengua y el Ateneo Dominicano, en celebración del Primer Centenario de la gloriosa batalla.)

IMPRESORA DOMINICANA, C. por A.
CIUDAD TRUJILLO, R. D.

1 9 4 9



BIBLIOTECA NACIONAL
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
DONATIVO

49137

Donado por: Barbara Sanchez
Fecha: 2016

88/16/08.cmm



VEREDICTO

Se presentaron al tema primero del concurso abierto con motivo de cumplirse el primer centenario de la Batalla de "Las Carreras", trece concursantes, con sendos trabajos de crítica histórica.

De éstos ha merecido el premio, el que lleva por título: "La Batalla de las Carreras. Sus antecedentes históricos y consecuencias trascendentales", y por lema: "Las Carreras, Beller, campos fueron que cubiertos de gloria se ven. Himno Nacional". (79 páginas. Finaliza con el *Canto a los Dominicanos después de la Batalla de "Las Carreras"*, de doña Natividad Garay, Habana y junio de 1850).

El jurado decidió premiar este trabajo en razón: de la claridad y corrección con que está redactado, del método con que hace la exposición de los hechos históricos y de la lógica de sus conclusiones.

El jurado desea hacer especial mención de otros dos trabajos de los que concurrieron al tema: uno que lleva por título: "La Batalla de las Carreras —Monografía—" y por lema: "Macte animo". Este trabajo se distingue especialmente por la profusa documentación de que vino acompañado, de la que, indudablemente, pudo aprovecharse mejor su autor. El otro trabajo de que queremos hacer especial mención es el que lleva por título: "La Batalla de las Carreras —Ensayo histórico—" y por lema: "Mientras mejor se estudian los antecedentes y las consecuencias de la batalla, más se agiganta su importancia ante la historia nacional, etc., etc."

Concurrieron otros trabajos de positivo interés, pero que seguramente por el poco tiempo de que dispusieron sus autores para prepararlos, adolecen de premura en la redacción y en la fijación de las ideas.

Fray Cipriano de Utrera
M. A. Peña Batlle
Manuel Ub. Gómez hijo

BIBLIOGRAFIA

- Alaux, Gustave D' "Le Empereur Soulouque et son Empire". París, 1856.
- Bouzon, Justin "Etudes Historiques sur la Présidence de Faustin Soulouque". París, 1894.
 "Colección Trujillo".
 "Colección de Leyes, Decretos y Resoluciones de la República Dominicana".
- García, José G. "Compendio de la Historia de Santo Domingo", Santo Domingo, 1894.
- " " "Guerra de la Separación Dominicana".
 "Partes Oficiales, etc."
- Gómez, Lic. Manuel U. "Resumen de la Historia de Santo Domingo", Santiago, 1937. Octava Edición.
- Henneken, T. S. "The Dominican Republic and The Emperor Soulouque". Filadelfia, 1852.
- Incháustegui, J. S. "Reseña Histórica de Baní". Valencia, 1930.
- Logan, Rayford W. "The Diplomatic Relations of the United States with Haiti" North Carolina, U. S., 1941.
- Lugo Lovatón, Ramón "Sánchez", Ciudad Trujillo, 1943.
- Peña Batlle, M. A. "Historia de la Cuestión Fronteriza", Ciudad Trujillo, 1946.
- Pichardo, Bernardo "Resumen de Historia Patria", Buenos Aires, 1947.
- Rodríguez, C. Armando "La Frontera Dominico-Haitiana", Santo Domingo, 1929.
- Rodríguez Demorizi E. "Guerra Dominico-Haitiana", Ciudad Trujillo, 1944.
- " " "Documentos para Historia de la República Dominicana", Ciudad Trujillo. Tomos I y II, 1944-47.
- " " "Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo", Ciudad Trujillo, 1944-47.
- Tansill, Charles C. "The United States and Santo Domingo, 1798-1873", Baltimore, U. S., 1938.
- Welles, Sumner "La Viña de Naboth".

LA BATALLA DE “LAS CARRERAS”

SOULOUQUE AL PODER

A pesar de las vicisitudes sombrías que agobiaron durante largos períodos a la antigua Española, y más tarde a la República Dominicana, parece que el Dios de las naciones ha intervenido para salvar a este pueblo de un aniquilamiento total. Después del 27 de Febrero de 1844, los acontecimientos internos ocurridos en la República de Haití, contribuyeron decisivamente a la subsistencia de la naciente nacionalidad. Rota la poderosa unidad política establecida por Boyer sobre aquella tierra, los lugartenientes del férreo caudillo se disputaron con saña feroz la hegemonía del mando absoluto.

Los diversos y sucesivos gobiernos "efímeros" establecidos allí del 1844 al 1848, dieron a los dominicanos un tiempo precioso para organizar, cuando menos, una incipiente maquinaria estatal.

En ese cuatrenio, etapa preparatoria del sombrío período de Soulouque, hubo agresiones que fueron denodadamente frustradas por el coraje dominicano. Las derrotas de esas fuerzas aceleraban sin embargo el desplome de esos gobiernos de transición.

El General Pierrot, vencido tantas veces por los ejércitos libertadores dominicanos, perdió la presidencia de Haití, cuando convocaba sus fuerzas para una nueva agre-

sión contra el territorio dominicano. Sus tropas, cansadas de infecundo batallar, donde sólo cosechaban las amargas hieles de la derrota, lo derrocaron en una fecha clásica: 27 de Febrero de 1846.

El General Juan Bautista Riché, que le sustituyó en el mando, dió al pueblo dominicano un período de tranquilidad, pues no lanzó sus hordas a la empresa de reconquistar nuestra tierra, bautizada ya en los campos de batallas por el copioso riego de una sangre generosa y heroica.

El General Riché disfrutaba de ascendiente en las filas del Ejército, y fué durante su corto ejercicio, factor de equilibrio entre las poderosas fuerzas raciales que han guiado siempre la política haitiana, salpicando su historia de acontecimientos sangrientos: la pugna feroz de los negros y mulatos. Riché, según Gustave D'Alaux "realizó por un momento el ideal del gobierno haitiano".

Sin embargo, al morir en febrero de 1847, la turbulenta política haitiana eleva al solio presidencial a un oscuro soldado, electo por el Senado en competencia con hombres de talla y prestigio entre las filas de los militares y los políticos.

Aquel alto cuerpo haitiano, presidido a la sazón por M. Beabrun Ardouin, verificó empates durante ocho escrutinios sucesivos entre los generales negros Souffront y Jean Paul.

Faustin Soulouque, candidato de transacción, fué seleccionado con el secreto designio de ser manejado por la camarilla cuita que en aquel país ha monopolizado siempre los destinos nacionales.

Su elección el 1o. de marzo de 1847, causó una ola de estupor en Haití. Su historia la califican sus compatriotas,

como el desarrollo de una mediocridad que desemboca en el campo de las atrocidades y represiones sangrientas, por incapacidad, vesania y egoísmo.

En 1804 Soulouque fué sirviente del general Lamarre. Después teniente de Petión, "que lo lega más tarde a Boyer como un mueble del Palacio de la Presidencia" (D'Alaux). Luego capitán, comandante, etc., hasta alcanzar el grado de general y comandante de la Guardia de Palacio. Cuando asciende a la Presidencia de su patria, cuenta de 60 a 62 años.

El gran vouldouista que había en Soulouque, despertó a la realidad de su mando supremo como un tigre con la presa palpitante entre las garras implacables. Sus amigos y consejeros, aquellos que creyeron al oscuro general como de fácil manejo, desaparecieron en el trágico y pavoroso remolino de aquella política de tan brutal personalismo.

Celigny Ardouin, Larochel, Maximilien Augustin, conocido mejor por general Similien, sirvieron de escabeles a Soulouque en su marcha hacia el trono de un grotesco Imperio, donde la liturgia de los tenebrosos ritos africanos era el himno diario para halagar la sordidez del estólido caudillo.

El cruel fetichista desató ríos de sangre sobre su tierra, realizando masacres como la del 16 de Abril de 1848, que Abel Nicolás Leger califica de "suerte de Saint Barthelemy política que ensangrentaba la nación y la aterrizzaba, pero que fortificó al mismo tiempo la posición de los insurrectos del Este, y nos enajenó completamente las simpatías europeas".

LUCHA POR EL FAVOR DE FRANCIA

Aprovechando la paz que proporcionó a la República Dominicana, de manera espontánea, el ejercicio presidencial del General Riché, el gobierno dominicano que presidía el General Pedro Santana, envió, en fecha 26 de mayo de 1846, una misión a Europa, integrada por los señores Buenaventura Báez, José María Medrano y Juan Esteban Aybar, con instrucciones de gestionar "el reconocimiento de la independencia de la República Dominicana, y hacer tratados de paz, alianza y comercio" con los gobiernos de España, Francia e Inglaterra. Un año después de negociaciones infructuosas, se designó a Pedro Antonio Bobea, Fiscal del Tribunal de Apelación, en sustitución de Medrano, renunciante a su regreso al país. En las nuevas instrucciones dictadas a esta delegación en fecha 17 de Agosto de 1847, se dice: "Lo más interesante para nosotros es la intervención para hacer cesar la guerra; en esta virtud aquí es que deben Uds. poner su mayor empeño y desplegar todo su patriotismo para conseguirlo".

Durante meses las gestiones dominicanas se estrellaron en las Cortes de España y Francia. El gobierno del rey Luis Felipe de Francia, se negó a impartir su reconocimiento hasta tanto el gobierno haitiano lo hiciera. Por el Tratado de 1838, había reconocido la independencia de toda la isla como entidad haitiana, y por consecuencia consideraba a los dominicanos como simples insurrectos.

Afortunadamente, las corrientes del liberalismo que sacudieron los tronos de Europa en 1848, derrocaron a Luis Felipe en febrero del referido año.

Santana, en su calidad de Presidente de la República Dominicana, aprovechando tan feliz coyuntura, se dirigió directamente a los miembros del Gobierno provisional de la República Francesa, por comunicación fechada en dos de abril de 1848, impetrando su ayuda para evitar la inminente agresión haitiana.

Moviéndose hacia Londres, los emisarios nacionales iniciaron sus gestiones con el Gabinete de Saint James para obtener el ansiado reconocimiento, conquistando un éxito primario.

El 22 de mayo de 1848, Lord Palmerston, Canciller de Inglaterra, expidió en nombre de la reina Victoria las credenciales a Sir Robert H. Schomburgk como primer Cónsul de Inglaterra en Santo Domingo, con poderes para negociar un Tratado de Amistad y Comercio, cuyos preliminares fueron planteados en Londres por los emisarios dominicanos.

Finalmente, el 22 de octubre de 1848 fué firmado en París, el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación, entre las Repúblicas Francesa y Dominicana, por medio del cual, además, se reconocía la independencia dominicana. Este pacto fué objeto de violentos ataques por parte de Beabrun Ardouin, Ministro haitiano en París. El enviado de Soulouque trataba, con el peculiar cinismo característico de la diplomacia haitiana, de ganar tiempo, mientras su amo organizaba un fulminante ataque sobre Santo Domingo.

Palmerston, interesado en frenar a tiempo la agresión haitiana escribió el 13 de diciembre de 1848, a Thomas R. Ussher, Cónsul Inglés en Puerto Príncipe, para que tratara de disuadir a Soulouque "de su proyectada invasión al

territorio dominicano". (Tansill: "The United States and Santo Domingo", pág. 137).

El gobierno provisional de la República Francesa, no obstante los dramáticos esfuerzos haitianos por entorpecer las primeras negociaciones diplomáticas dominicanas, se mantuvo firme en su propósito. Por comunicación de Ricardo Miura, Secretario de Estado de Relaciones Exteriores, en fecha 14 de julio de 1848, se evidencia que Mr. de Levasseur, antiguo Cónsul de Francia en Port au Prince, autor del sonado Plan que lleva su nombre, presidió la Comisión que intervino en los asuntos de Haití, y que su voto fué favorable y decisivo para los propósitos dominicanos.

El tratadista haitiano, Abel Nicolás Leger, en su interesante "Historia Diplomática de Haití" afirma que la masacre efectuada el 16 de abril de 1848 en Puerto Príncipe, predispuso definitivamente al gobierno de la nueva República Francesa contra los siniestros designios de Soulouque. "*Nuestras representaciones —dice el citado autor haitiano—, nuestras protestas, nuestras amenazas habian sido vanas. El Gabinete de Puerto Príncipe quedaba obligado, bien a renunciar a su directiva constante de unificación territorial de la Isla, ya a librar la cuestión del Este al arbitraje de la fuerza. El tomó este último partido*".

Desconociendo las poderosas fuerzas morales que alentaban al pueblo dominicano en su resistencia contra todo intento de dominación haitiana, Soulouque resolvió extinguir para siempre los balbuceos de la libertad política en la "insurrecta parte del Este".

Según Gustave D'Alaux, el Atila haitiano sufría de espejismos mentales. Dice en su obra: "*La ilusión de Sou-*

louque, la que sus cortesanos acariciaban más, consistió largo tiempo en creer que los dominicanos suspiraban por la dominación haitiana, y que el temor del castigo que ellos podrían sufrir por su revuelta contenía sólo este propósito de sumisión”.

SITUACION POLITICA DE SANTO DOMINGO

Aunque el General Pedro Santana había consolidado su hegemonía dentro del campo inestable de la política dominicana de aquellos tiempos, su poder aparecía ya con manchas de la sangre derramada en el cadalso por algunos de sus más señalados opositores. Su más reciente demostración de fuerza, la ejecución de los hermanos Puello, héroes de las primeras campañas de la independencia, había despertado temor y odio en el íntimo sagrario de la conciencia de algunos de sus seguidores. Afortunadamente para su estrella de guerrero, su ruptura con Buenaventura Báez, su más formidable antagonista en el palenque de la vida pública, no se había producido.

Sin embargo, asediado por las intrigas palaciegas; minada su robusta salud por tantas empresas agitadas; ansioso también de esquivar la tormenta que se formaba bajo sus plantas, el férreo caudillo resignó el mando supremo que había recibido el 12 de noviembre de 1844, para retirarse a sus posesiones de “El Prado”, en espera de que soplaran para él brisas más propicias.

El Consejo de Ministros, integrado por don Domingo de la Rocha, Secretario de Estado de Justicia e Instruc-

ción Pública; Félix Mercenario, Secretario de Estado de lo Interior y Policía; Doctor José María Caminero; Secretario de Estado de Hacienda, Comercio y Relaciones Exteriores y General Manuel Jiménez, Secretario de Estado de Guerra y Marina, asumió las funciones del Poder Ejecutivo, en virtud de lo dispuesto por el Art. 99 de la Constitución del 6 de noviembre de 1844.

Convocados los Colegios Electorales del país, los votos finales para la elección presidencial favorecieron al general Manuel Jiménez, de triste memoria. Asumió el poder legalmente el 8 de septiembre de 1848, y su primer paso fué confirmar el gabinete que había recibido el mando a la renuncia de Santana.

El nuevo mandatario no acertó a comprender el momento trascendental que el destino le había reservado para gobernar a su pueblo. Un norteamericano, el Sr. Benjamín E. Green, Agente Especial del gobierno de los Estados Unidos en Santo Domingo, describió el carácter de Jiménez, en comunicación al Secretario Clayton, diciéndole: "*gastó su tiempo en limpiar, entrenar y pelear gallos, siendo frecuentemente necesario enviar actas del Congreso y otros documentos oficiales a la gallera para su aprobación y firma*" (V. Manning: "Diplomatic correspondence of United States").

Uno de los pasos más funestos del Presidente Jiménez, que pudo ser mortal para la seguridad y estabilidad del país, fué la desintegración de las fuerzas armadas, especialmente de los cuerpos de infantería de línea.

Jiménez conocía el hondo ascendiente del General Santana en las filas del Ejército, y a pesar del grave riesgo que ello significaba, procedió a disminuir la potencia y

poderío de la organización castrense que consideraba al soldado vencedor de Haití su ídolo natural.

Cuando los acontecimientos militares ulteriores demostraron que la moral del Ejército se había esfumado, Jiménez pagó, hasta con el honor de su nombre, su desafortunada táctica política.

La amnistía a los patriotas desterrados, fué otra fuente de perturbaciones para el nuevo mandatario. Los hombres que soñaron la Patria libre de todas las coyundas, se encontraban en otras tierras, perseguidos como traidores, víctimas del violento torbellino de pasiones que se desató al otro día de la gloriosa jornada de Febrero. Santana, bajo el acicate de los viejos políticos, había sido el autor del Decreto de destierro, y los hombres que actuaron y se responsabilizaron en este paso violento, no podían ver con serenidad el regreso de esos perseguidos al seno de la Patria en zozobra.

Cuando Jiménez promulgó en 26 de septiembre de 1848, el decreto que tres días antes habían dictado el Consejo Conservador y la Cámara del Tribunado, reunidos en Congreso, por medio del cual concedía amplia y total amnistía a Francisco del Rosario Sánchez, Ramón Mella, Juan Pablo y Vicente Duarte, Pedro Alejandrino Pina, Juan Evangelista Jiménez y Juan Isidro Pérez, las fuerzas del poderoso partido conservador se aprestaron a la defensa de sus posiciones é intereses creados. Todos los amnistiados regresaron a la Patria, menos el ilustre Fundador. Duarte quiso ahorrarse las dolorosas caídas que sus enemigos le proporcionaron a sus compañeros de ideales y sacrificios.

Interesado no obstante, en recibir la caricia de las auras populares, Jiménez realizó un recorrido por el Cibao. Más tarde emprendió otro viaje por la región del Sur, para inspeccionar de cerca la organización de la defensa adoptada por Duvergé, ante la amenaza del inminente ataque de Soulouque. El 25 de noviembre de 1848, el Presidente Jiménez salió de la Capital de la República. Sin duda alguna, al llegar a las tierras cálidas del Sur remoto, se sintió galvanizado por el temple heroico de Duvergé, decidido a una lucha sin tregua con el empecinado enemigo. Pero no vió las grietas en los mandos militares, que viciados de laborantismo político, habían perdido eficacia para una resistencia inmediatamente victoriosa. La presencia del General Valentín Alcántara en el Cuartel General de las fronteras, era un signo de debilidad e impotencia.

Cuando el mandatario viajero regresó a su sede capitolina, recibió noticias de que el Presidente haitiano había lanzado una proclama el día 4 de noviembre, incitando a su pueblo a una nueva aventura guerrera contra los dominicanos.

El Presidente Jiménez, como primera medida práctica para la defensa nacional, usando las facultades extraordinarias que le otorgó el Congreso el 24 de octubre del mismo año, dictó un Decreto el 17 de diciembre movilizándolo la guardia cívica, que incluía, a "todos los dominicanos desde la edad de doce hasta los setenta años cumplidos".

Jiménez, empleando una táctica nueva, lanzó a su vez una proclama al pueblo y al ejército, en fecha 18 de diciembre de 1848, tratando de endurecer el espíritu de la resistencia nacional. Duvergé, en la misma fecha, hacía

circular en francés y español, otra proclama admonitoria y enérgica, dirigida "a los haitianos", vituperando la villanía y crueldad de su caudillo, que terminaba diciendo:

"Haitianos: yo os hablo en nombre de vuestro interés; en nombre de vuestra conservación, de vuestras mujeres y de vuestros hijos, ningún derecho os asiste sobre la República Dominicana que vosotros insistís en apellidar *parte del Este*; nada tenéis que buscar en ella, ni nada teneis que ganar si no es fatigas, pérdida de vuestro trabajo que abandonais, miserias, necesidades, quebrantos y una muerte segura que reservamos los valientes dominicanos en la boca de nuestros fusiles, en la punta de nuestras lanzas, y los filos de nuestros machetes, a todo el que atrevido osare atacar nuestros derechos y nuestra propiedad" (Rodríguez Demorizi: "Guerra Domínico-Haitiana")

Tanto el documento de Jiménez como el de Duvergé fueron impresos por Ignacio González en la Imprenta Nacional. Tal vez fueron redactados por la misma mano.

INVASION HAITIANA DE 1849. TERCERA CAMPAÑA DE LAS GUERRAS DE INDEPENDENCIA.

Con el formal propósito de adelantarse por una acción fulminante, a las gestiones diplomáticas exitosas con que la República Dominicana daba sus primeros pasos para obtener el reconocimiento de su independencia, Soulouque lanzó sobre esta tierra, sus tropas ascendentes a 18.000 hombres, el 6 de marzo de 1849.

De todos los puntos de Haití concurrieron las fuerzas invasoras. Las tropas del Oeste, del Sur y del Artibonito, avanzaron por Mirebalais. El ejército del Norte, compuesto según Justin Bouzon, del 30o. y 2o. regimientos del Cabo; del 19o. de Port de Paix; de las guardias nacionales de esa región, marchaba por Hincha bajo el mando del General Bobo, a la sazón comandante del departamento del Norte.

Las diferentes columnas se encontraban bajo el mando de los generales Thomas, Héctor, Louis Michel, Geffard, Vincent y Jeannot Jean Francois.

Aquella avalancha formidable, arrolladora desde su impulso inicial, bajo el acicate de su bárbaro caudillo, venía como mensajera de la muerte, a totalizar la isla bajo el negro manto de la hegemonía haitiana.

El primer serio impacto de la gran ofensiva, lo recibió el ejército dominicano en Las Matas de Farfán donde se encontraba el Cuartel General del Ejército Dominicano en campaña.

El General Ramón Mella; el Coronel Feliciano Martínez y los generales Remigio del Castillo y Valentín Alcántara, comandaban las fuerzas que combatieron con tenacidad hasta ser arrolladas.

El ejército haitiano continuó su marcha, ocupando a San Juan de la Maguana el 20 de marzo, combatido incessantemente por fuerzas de guerrillas dispersas, que sangraban útilmente al enemigo despiadado. El grueso de las fuerzas nacionales, bajo el mando del General Antonio Duvergé intentaba contener esa avalancha en las inmediaciones de Azua.

El 5 de abril el Presidente Soulouque, después de vencer las vanguardias dominicanas en el río Jura, pone corto sitio a la ciudad de Azua, que va a ser nuevamente testigo de un acontecimiento militar de gran importancia.

EL PRESIDENTE JIMENEZ EN CAMPAÑA

El 23 de marzo de 1849, salió de Santo Domingo el Presidente Jiménez, presionado por sus inquietos colaboradores ante las desastrosas noticias del avance sostenido del ejército haitiano. Al abandonar Jiménez su sede oficial, el laborantismo político que no había tenido reposo arreció sus funestos empeños dividiéndose de manera menguada las fuerzas que se necesitaban para batir de manera decisiva al enemigo común.

Las peculiares disposiciones políticas y constitucionales de ese tiempo, establecían que al ausentarse de la capital el Presidente de la República, el Poder Ejecutivo sería ejercido por el Consejo de Ministros. A espaldas del inepto Presidente Jiménez, los políticos más avisados acelerarían sus combinaciones, jugándose el destino de la Patria, a trueque de acaparar el poder que se le iba de las manos al impotente Mandatario.

José Gabriel García dice que el ejército dominicano concentrado en Azua ascendía a 5.000 hombres con doce piezas de artillería, pero faltos de espíritu combativo, por las disenciones políticas que habían quebrantado la moral y la unidad de las fuerzas. Ni la presencia y actividad de Antonio Duvergé, el gran batallador sin cansancio,

pudo inyectar en aquellos hombres que venían perseguidos por las fuerzas asesinas de Soulouque, el sentido de la responsabilidad y la vergüenza para vender la vida al precio de la gloria. Jiménez no estaba dotado de las condiciones de conductor y de guerrero necesarias para asumir con un arranque épico y soberbio su condición de Jefe Supremo del pueblo y del ejército.

Agobiado y moralmente vencido, contemplando el sombrío panorama que aguardaba a su país, Jiménez regresó a la Capital, encargando a Duvergé de resolver los graves problemas creados por el inminente ataque haitiano. Los oficiales comandantes que actuaban en Azua, rompieron la subordinación militar, y cuando se produjo el ataque general del enemigo el 5 de abril, cada oficial actuó por su propia cuenta, en una fragmentación de la batalla, que culminó el día 6, en una derrota general de las fuerzas nacionales. El frente dominicano, capaz hasta ese momento de contener el avance haitiano sobre Santo Domingo, se había momentáneamente desplomado!

El desastre de Azua tiene dos visibles figuras culpables: el General Valentín Alcántara y el Comandante Juan Batista.

El primero, traidor reintegrado a su mando en las fronteras en Enero de 1849, por la absoluta falta de energía demostrada por el Presidente Jiménez, fué factor decisivo en la desmoralización de nuestras fuerzas en su odisea de Las Matas hasta Azua.

El General Juan Contreras, declaró de manera solemne a la inquisitiva de Santana sobre la conducta de Alcántara lo que sigue:

"Vta. la solicitud que antecede, del Gral. Pedro Santana, declaro bajo sagrado juramento y el honor que me caracteriza, que a la entrada de las tropas derrotadas de Las Matas y Sn. Juan declamaban públicamente contra el Gral. V. Alcántara, diciendo todos unánimes que dcho. Gral. los había traicionado; en lo que se fundaban, pr. haber dado tiempo a que el Ejército enemigo los envolviera sin tomar ninguna disposición defenciba, antes al contrario, que desanimaba, ponderando la fuerza de los haitianos, y a vista de las colugas enemigas subió al fuerte haciendo muchos ademanes como pa. dar a conocer, y desapareció para ponerse en salbo; que por el camino aconsejaba a la tropa que no parara hasta esta ciudad y que tanta fué la desconfianza de sus tropas que cuando (. . . borrada) vieron como tomar disposición sobre mudar su punteria de las piezas del fuerte de Sn. José, de donde yo la tenía, le denunciaron a mí el Tte. Emergildo Silvestre y los Artilleros a su mando sin quererse conformar, lo que espuse al Sr. Presidte. de la República pa. ponerme a cubierto de toda responsabilidad; que como nada se dispuso sobre el particular y se quedó actuando, se subía al fuerte de la Vigía cada vez que se hacía fuego al enemigo tratando de persuadir que los fuegos que se hacían con la Arta. perjudicaban nuestra tropa y probablemente era dirigido al enemigo; que el Viernes Santo pr. la tarde, pr. orden del Gra. Anto. Duvergé, le fué entregado el mando en Gefe de tres Guerrillas que se racionaron para atacar esa misma tarde y dejó de ejecutarlo, lo que pa. escusarse influyó con sus Gefes de

los cuerpos, y el Gral. Duvergé a combocar un consejo pa. tratar de retirada, como pudo lograrlo aun sin la aprobación de algunos oficiales alarmando las tropas con muchas mentiras que se dejaron circular, como que no había municiones ni proviciones, lo qe. era incierto; que estábamos sitiados, lo qe. era al contrario, porq. la ventaja de posición era pr. nosotros; y que los enemigos Marchaban pa. arriba degollando los Pueblos, lo qe. desmoralizó completamente la armada; qe. salió el primero de todos los oficiales, y que pasando pr. todas las guardias les intimaba qe. avandonara, que la fuerza enemiga era mucha; — como lo prueba el Comte. Dionisio Cabral y toda su guarnición en Portezuelo—; es cuanto sé y puedo declarar en fuerza de la Verdad”.

*Azua, abril 29 de 1849 y 6o de la Patria,
El Gral. Comte. de Armas.*

(fdo.) J. Contreras”.

“La Nación”, 19 de Julio 1940,

“Juan Contreras vs. V. Alcántara”

Por Sócrates Nolasco

Del segundo, el propio General Jiménez, dice en su carta a J. N. Ravelo haber ordenado su traslado a la capital “para que allí se descargue de la falta de cumplimiento de la orden que le fué dada de permanecer en Los Conucos después de haber defendido la entrada de dichos Conu-

cos, lo mas esencial, y a lo que se puede atribuir la pérdida de Azua."

PANICO EN SANTO DOMINGO

A medida que llegaban a la antigua ciudad de Santo Domingo, las alarmantes noticias del victorioso avance haitiano, la situación política, inestable, sin arraigo en la opinión pública, se fué convirtiendo en un completo caos.

Mr. Víctor Place, Cónsul de Francia en la capital de la República, en esos días sombríos de la historia nacional, escribió al Ministro de Negocios Extranjeros de su país, una carta fechada el 21 de marzo, diciéndole en uno de sus párrafos: "El gobierno ha hecho tirar el cañón de alarma para llamar la población a las armas, pero desgraciadamente este gobierno, que ha reemplazado al de Santana, en agosto último, es débil, mal aconsejado y sobre todo no posee la confianza del ejército ni de la población".

"Se ha hablado ya de llamar al General Santana para ponerlo a la cabeza de las tropas, pues él es siempre el hombre de influencia en el país y es el único en efecto que está en condiciones de detener a los haitianos". (*V. Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo*", pág. 127.)

Como Jiménez había salido el 23 de marzo para el teatro de los acontecimientos, y no regresó hasta los primeros días de abril, el Congreso Nacional, presidido por Buenaventura Báez, inició sus actividades de organización bélica, lanzando el 26 de marzo una proclama al pueblo

dominicano, para tratar de mantener fortalecido el espíritu de resistencia y sacrificio, donde decía: "El momento supremo del triunfo o del exterminio ha llegado para nosotros; la Patria, donde reposan en sueño eterno las cenizas de nuestros mayores, exige imperiosamente del último de sus hijos, el concurso de sus fuerzas, el concurso de su cooperación, el concurso de su civismo".

En la vibrante prosa de esta proclama (véase en apéndice documental) redactada por una pluma de méritos, se pintó con sin igual colorido el cuadro tremendo que presentaría esta tierra en caso de una victoria final de Soulouque. Sus cláusulas ardientes terminaban con esta invocación sibilina: "Dominicanos! La hora solemne, tremenda y augusta de la gloria, o del exterminio ha sonado. La Patria ha de existir, o desaparecer. Cada palmo de terreno ha de ser sellado con la vida de un invasor, y aunque fuesen más numerosos que las arenas del mar, debemos triunfar, porque la lucha dominico-haitiana es de vida y honor. O dominicanos y la libertad, o haitianos y el deshonor y la muerte! O la victoria, o la tumba con todo lo que nos pertenece"!

Los partidarios que el General Santana tenía en el Congreso, y Consejo de Ministros, acuciados por el clamor popular, obtuvieron del Congreso Nacional un Decreto en fecha 2 de abril, por cuyo artículo 3o. se llamaba al caudillo militar y político a "ponerse inmediatamente a las órdenes del Presidente de la República, en cualquier lugar donde se halle este primer magistrado, con todas las fuerzas que pueda movilizar en la Provincia del Seibo". Este Decreto fué sancionado por el Consejo de Ministros el día 3 de Abril.

Sin pérdida de tiempo, el General Román Franco Bidó, Ministro de Guerra y Marina, escribió a Santana, comunicándole esta nueva.

El inspirador y dirigente de este movimiento pro-Santana era el Presidente del Congreso, coronel Buenaventura Báez. Este hombre, avezado y astuto político, era una de las figuras representativas del elemento conservador, que no tuvo fe absoluta en la viabilidad de la República sin el amparo de una gran potencia. Santana era considerado el brazo armado de ese partido que coronó al fin sus ideales en 1861, y no podía permanecer ausente de cualquier combinación de supremo interés donde estuviera en juego la suerte de la nación.

Santana era un caudillo de fuerza. La incipiente sociedad dominicana de aquellos tiempos calamitosos, no podía producir al estadista visionario y cerebral, capaz de imprimir con éxito un rumbo estable a la República Dominicana. Sobre el agitado campo de aquellas luchas encarnadas, donde el ideal de la Patria libre se mezclaba con los intereses del personalismo más absoluto, un tipo de hombre como Santana era el fruto natural de la política. Su espada, aunque no tuvo un ejercicio bélico tan activo como la de otros caudillos militares, tenía sin embargo para el pueblo dominicano un poder de sugestión que fué extraordinariamente útil a la seguridad nacional. Su carácter imperioso, forjado en las duras luchas del campo, manejando rebaños de ganados y de hombres, no toleraba oposición a sus designios, ni aún dentro de los cánones de la Constitución y de las leyes.

Cuando se aclama su nombre para que corra al frente de la lucha a combatir a los invasores, no era tan sólo

por el inmediato interés político, sino porque en el seno de las masas combatientes, integradas por soldados de todas las jerarquías sociales y humanas, su influencia personal era decisiva, y capaz de galvanizarlas para un esfuerzo victorioso y supremo.

Báez, defendiéndose años más tarde desde Saint Thomas contra las acusaciones que le prodiga Santana en su Manifiesto del 3 de julio de 1853, y del decreto de expulsión de esa misma fecha, al referirse al movimiento que sacó a Santana de "El Prado" dice lo siguiente: "Venía ya en retirada nuestro ejército, y el espanto que reinaba en el país presagiaba su próxima ruina. Faltaba un hombre para hacer frente a la situación, y era difícil improvisarlo: mis ojos se volvieron hacia Santana, pero estaba tildado de tirano: imputábanle como crímenes el desfalco de la hacienda pública, la muerte de varios ciudadanos y la expulsión de otros. Sin embargo, a falta de otro hombre de prestigio en tan inminente riesgo, tomé el empeño de restablecerlo en la opinión, y sugerí en medio de tantos conflictos la idea de llamarle al servicio".

"Opúsose el gobierno, pero halló acogida el pensamiento en el Congreso y en una parte del pueblo. Uniformé en instantes la opinión, dirigí los esfuerzos de las Cámaras, y nadie me desmentirá, a ellos se debieron la rehabilitación de Santana, que ni siquiera se atrevía a salir de su retiro en aquellos momentos de general angustia. Yo no estaba vacilando, con una opinión en las Cámaras, y otra en presencia del mandatario rival de Santana; ni protestando y contraprotestando según el lugar en que me hallara al estallar cada oleada en aquella borrasca; ni escondido en los rincones de los consulados, como esos instiga-

dores de hoy: luché cuerpo a cuerpo con el poder y sus sicarios, y triunfó el pensamiento salvador”.

“Vino Santana a colocarse al frente del ejército, y con los esfuerzos gigantescos del pueblo libertó al país de los invasores: salvó nuestra independencia y ciñó su frente de inmarcesibles laureles”.

El Cónsul de Francia, escribió dos días después del llamamiento a Santana, al Ministro de Asuntos Extranjeros diciéndole: “Parece que una suerte de fatalidad se ha vinculado a este desgraciado país. El Presidente, que ha perdido la cabeza, no sabe adoptar ninguna medida eficaz: las tropas retroceden rápidamente y han abandonado sin resistencia todos los puntos de defensa donde habrían podido tan fácilmente contener a los haitianos en las rutas casi impracticables que conducen de San Juan a Azua. No hay ni un jefe capacitado entre todos estos generales, de los cuales casi ninguno ha visto jamás el fuego. Espero enterarme de un momento a otro que Azua, el último punto donde hubiera sido posible hacer una resistencia seria, ha sido evacuada.”

“Los miembros del gobierno, quienes llevaron a Santana a retirarse del poder el año pasado, ante su solo nombre parecen presas del terror y del vértigo, no han osado llamarle a pesar del deseo de la población. Es el Congreso quien ha debido tomar la iniciativa, pero tal vez demasiado tarde”.

“La capital se encuentra abarrotada de todos los fugitivos que acuden a ella y que cuentan los horrores que los haitianos han cometido; el espanto está reinando y algunos desórdenes han tenido lugar”.

El Presidente, que como ya hemos consignado regresó a la capital antes del desastre de Azua los días 5 y 6 de abril, se sorprendió y alarmó al enterarse que Santana había sido reclamado como la única espada capaz de contener la marea haitiana.

Aunque "*había perdido la cabeza*" para otras resoluciones, no vaciló en dictar un decreto el mismo día 3, anulando el que contenía el llamamiento de Santana por el Congreso. La noticia de la catástrofe sufrida en Azua, le obligó a salir nuevamente hacia el frente, en un intento de reivindicarse, dejando a sus espaldas un hervidero de pasiones y temores, y a un pueblo angustiado, esperando al General Santana para que realizara el milagro de que todos lo consideraban capaz.

GESTIONES URGENTES DE PROTECTORADOS

Mientras continuaban desarrollándose con celeridad los acontecimientos militares, en Santo Domingo se libraba otra guerra sorda entre los representantes de Francia e Inglaterra, empeñados en obtener ventajas de aquel caos político social. El protectorado de una gran potencia era casi la única esperanza de salvación en la mente de aquellos políticos.

Víctor Place, con vívido realismo describe a su Ministro en fecha 12 de abril, las horribles condiciones de la capital, el éxodo pavoroso de millares de personas, y la falta de una enérgica actividad dirigente en las esferas del gobierno. Dice en la primera parte de su comunicación así:

“Los haitianos se han hecho dueños de Azua y el ejército dominicano se ha dispersado; un gran número de soldados ha desaparecido ya, hundiéndose en las vastas selvas de la isla donde saben que por largo tiempo no serán buscados; de once generales que comandaban en la frontera, ni uno solo ha sabido oponer una resistencia cualquiera; han abandonado seis piezas de artillería con una cantidad considerable de municiones y de víveres e incluso han abandonado a los heridos.”

“Nada puede dar una idea del terror que se ha apoderado de la población. La ciudad está repleta de mujeres y de niños que llegan de Las Matas, de San Juan, de Azua, de Baní, de San Cristóbal; no se oye por todas partes sino gritos y lamentos. En menos de cuatro días todas las casas han sido abarrotadas, y todos estos desgraciados que han llegado sin provisiones, han causado una escacés, tanto más grande cuanto no se trae nada de los campos, muchos de cuyos habitantes formaban parte de ese ejército dispersado”.

“En previsión de tales acontecimientos, había reunido para mi casa algunas provisiones de harina, arroz, pollos, carneros, etc.; pero frente a una miseria tan grande no he podido resistir y he ordenado hacer distribuciones entre los desgraciados que mueren de hambre y que continuaré en tanto me quede algo. Mas qué sobrevendría si este estado de cosas se prolonga?

“Vereis en todo esto, señor Ministro, la confirmación de lo que decía en mi carta del 10 de febrero último relativo al *protectorado*, que este pueblo será siempre incapaz de gobernarse y regirse por sí mismo. El gobierno no ha tomado todavía una medida enérgica; abandona todo poco

menos que al azar; apremiado por el Congreso a decidirse a actuar, le ha respondido que le abandonaba completamente la dirección de la salud pública”.

El tono de esta correspondencia, de menosprecio para el valor y pericia de los soldados que como Duvergé se jugaban a diario la vida frente al enemigo, es sintomática del laborantismo del Consulado francés, en conjunción de esfuerzos con el grupo de conservadores descreídos al servicio de un ideal de mediatización o extinción de la soberanía política.

El recuerdo de Mr. Eustache Juchereau de Saint Denys, está ligado a los momentos iniciales de la independencia dominicana, por su cooperación en el éxito del movimiento del 27 de Febrero, siguiendo los planes del poderoso partido de los *afrancesados*, frustrado en sus empeños por la viril actividad nacionalista de Duarte. En 1849, Víctor Place, interviene de manera activa, alimentando las aspiraciones de aquellos políticos que veían en Francia, el protectorado ideal para poner dique definitivo a las invasiones haitianas.

Otro Cónsul, Mr. Robert H. Schomburgk, primer representante de Inglaterra en este país, cuyo arribo en 1848 fué considerado como un reconocimiento tácito de la independencia dominicana por esa nación, desplegaba también sus mejores artes en obtener para su patria la buena pro del gobierno dominicano.

A las puertas de ambos consulados llamaban sin descanso las autoridades dominicanas en demanda de protección. Place escribió el 12 de abril a su gobierno, informándole que: “Una comisión compuesta por el Presidente del Congreso y por dos de sus miembros más influyentes se ha

presentado ahora ante mí para preguntarme si consentiría dejar enarbolar el pabellón francés. He tenido que responder que no había recibido aún órdenes de mi gobierno a este respecto y que me era imposible aceptar; que sin embargo no estaba autorizado a rehusar y que por tanto le suplicaba aguardar. Me respondieron que en la situación presente un retardo más largo era impracticable; que yo mismo era testigo del abandono completo de toda dirección en que se encontraba el país y que los desórdenes internos iban a sumarse a la guerra extranjera si yo no me apresuraba a ofrecer una bandera, emblema del orden y la fuerza, y la comisión ha insistido para que aceptase cuando menos provisionalmente, hasta que vos, señor Ministro, enviáseis vuestra decisión”.

Poco después de abandonar el Consulado francés, Buenaventura Báez y sus dos “*influyentes*” compañeros se dirigieron a la residencia de Schomburgk. Este funcionario consigna de manera categórica, que el día 9 de abril —un día antes de la visita de Báez—, había tenido en su casa al Dr. José María Caminero, Ministro de Relaciones Exteriores dominicano, con el objeto de poner en su conocimiento “que el Presidente de la República le había suplicado decirle que había llegado el tiempo de enarbolar el Pabellón Británico en esta República”. (V. Apéndice documental).

El activo y competente Cónsul inglés, escribió, en fecha 10 a su Ministro, dándole detalles de todos estos acontecimientos, y recabando instrucciones. Palmerston le manifestó sin rodeos “*que no estaba dispuesto a mezclarse en las complicadas responsabilidades que traería el asunto de la demanda dominicana de colocarse bajo el protectorado*

de la Gran Bretaña. En verdad parecería que la verdadera intención de este asunto fuera que la Gran Bretaña mandara ayuda militar para que los dominicanos se defendiesen contra los haitianos. Sin embargo mucho desea el gobierno de Su Magestad que el esfuerzo de los dominicanos para mantener su independencia tenga buen éxito".

(Tansill: ob. cit.)

La pavorosa noticia del desastre del Ejército dominicano en Azua llegó a Santo Domingo cuando Santana arribaba del Seibo. En aquel vaivén de disposiciones sin sentido, y de falta de energía y disciplina, la presencia del solicitado y esperado guerrero tonificó un poco el ambiente derrotista de la capital. Pero Santana no podía olvidar sus veleidades *afrancesadas* de 1844. Víctor Place da la clave de muchos acontecimientos, cuando escribió a su gobierno en fecha 17 de abril lo siguiente: "Por su parte el General Santana, hombre muy francés de corazón, *pero que desea ante todo el bienestar de su país* (subrayamos nosotros) me ha declarado el día que tomó el mando de las tropas, que marchaba a la frontera para esperar la decisión de Francia, pero que si los acontecimientos de la guerra resultaran más fuertes que él, y si yo continuara rehusando dejar enarbolarse nuestro pabellón, él se echaría en brazos de Inglaterra".

"Finalmente los dominicanos han enviado un barco a Puerto Rico para implorar la protección de su antigua Metrópoli a falta de todo otro socorro". (V. "Correspondencia del Cónsul de Francia", C. T.)

Todo menos Haití parece ser el pensamiento de los hombres de Estado dominicanos de aquellos tiempos. Ante el horrible fantasma de una nueva y asoladora dominación haitiana, que aniquilaría para siempre, con el exter-

minio de sus pobladores, la tradición hispánica de Santo Domingo, aquellos hombres preferían la tutela de una gran potencia europea, o de los Estados Unidos. Los esfuerzos por obtener el protectorado político, tuvieron, en algunos momentos, caracteres de empresa nacional.

Santana salió de Santo Domingo, rumbo al teatro de los acontecimientos el 10 de abril de 1849. Los documentos no son categóricos en cuanto a la posición que ocuparía en la jerarquía militar, pues Duvergé operaba en su calidad de Comandante de las Fronteras del Sur. Las comunicaciones que el Ministro de Guerra y Marina dirigió, tanto a Santana como a Duvergé, les indicaban que debían actuar de acuerdo "en todas las operaciones concernientes a la defensa y seguridad de dichas fronteras".

EN EL CUARTEL GENERAL DE SABANA BUEY

Sabana Buey queda en la mitad del viejo camino entre Baní y Azua, en las inmediaciones del Río Ocoa, al sur franco del campo de Las Carreras. Allí se estableció el Cuartel General del Ejército, después de la retirada de Azua. Santana conocía bien este sitio, pues él y su hermano Ramón encontraron por allí refugio cuando se escaparon a la escolta que los conducía prisioneros a Haití en 1843, por órdenes del Presidente Herard. Después de la batalla de Azua el 19 de Marzo, descansó allí de las fatigas de la lucha y de las amarguras de toda retirada.

El encuentro de Jiménez, Santana y Duvergé debió ser patético y solemne. Sobre estos tres hombres gravitaba

el destino de la Patria angustiada. El Ejército de Soulouque vivaqueaba en Azua hacía tres días, pero se esperaba por momentos la reanudación de su avance.

Santana, hombre nacido para el mando sin cortapisas, recomendó inmediatamente quitar de todo cargo al General Valentín Alcántara, sospechoso de connivencia culpable con el enemigo, desde los días en que fué inexplicablemente capturado en Las Matas de Farfán.

Al enterarse que desde el día 7 de abril, Jiménez había dado las órdenes en ese sentido, lo mandó en calidad de prisionero a bordo de la fragata CIBAO.

El Presidente Jiménez, cohibido de movimientos en presencia de Santana, que mandaba con la desenvoltura imperiosa que caracterizaba su personalidad, regresó nuevamente a Santo Domingo, para concretarse plenamente al turbio politiqueo sin glorias de aquellos tiempos.

Duvergé, el gran soldado de las abnegaciones supremas, sintió también contrastado su mando por Santana. Sobre su espíritu, abatido por el peso de tantos acontecimientos sin fortuna, no había caído sin embargo el negro crepón de las derrotas. Sólo anhelaba una oportunidad para devolver a su espada el resplandor de sus antiguas victorias. Cuando se supo en Sabana Buey que Soulouque continuaba su avance, Duvergé se dispuso a concurrir con denuevo a una nueva y solemne cita con el destino.

BATALLA DE "EL NUMERO"

La batalla de "El Número" fué de gran importancia en la campaña de 1849. Esa acción de armas quebró el ímpetu salvaje de la agresión haitiana. Por los documentos que se conocen a la fecha relativos a esos trascendentales sucesos, se desprende que el General Antonio Duvergé, partió del Cuartel General de Sabana Buey hasta "El Número" que se encontraba guarnecido por las fuerzas que mandaban el General Sosa y el Coronel Domínguez. La batalla se libró en la mañana, y los haitianos abandonaron hasta sus muertos.

El primer parte oficial del Ministerio de Guerra y Marina, se publica el 4 de Mayo, conjuntamente con los partes de operaciones de "Las Carreras". Duvergé fechó su sucinto informe el 17 de abril, sobre el mismo campo ensangrentado, a las once de la mañana.

Ni Justin Bouzon, en sus "*Etudes Historiques sur la Presidence de Faustin Soulouque*", ni Abel Nicolás Le-ger en su "*Histoire Diplomatique D'Haiti*" ni ningún tratadista haitiano de nota, relata la importancia de la batalla de "El Número". Por eso las fuentes haitianas deben ser objeto de cuarentena histórica.

En ese desfiladero perdieron velocidad y confianza los soldados haitianos. Duvergé, amparado en las ventajas estratégicas de la posición, acribilló por así decirlo, al gran ejército invasor. Aquellas hordas, enardecidas por una serie de victorias ininterrumpidas, sufrieron allí su primer gran descalabro en esa campaña.

El parte del vencedor de "El Número" demuestra claramente que Santana no estaba en el frente a título de simple auxiliar de Duvergé. Este, al rendir cuenta de la jornada, encabeza su comunicación así: "Puesto del Número, 17 de abril de 1849. Antonio Duvergé, General de División y Comandante de las Fronteras del Sur. Al señor General Pedro Santana, Comandante en Jefe de las mismas". Este título de *Comandante en Jefe de las mismas* define claramente la posición de Santana en el teatro de las operaciones.

Santana, cuando llegó a los tremendos campos de batalla fué el Jefe natural. No importó que el Congreso le omitiera este título, aunque lo subordinara únicamente a las órdenes del Presidente de la República. Su naturaleza forjada para las arduas empresas del mando y la soberbia, lo auparon una vez más, como por derecho propio, sobre todos sus otros compañeros de sacrificios y de glorias.

Duvergé continúa su parte a Santana diciendo: "Señor General: en este momento, como a las once del día, hemos hecho replegar al enemigo, que dejó en nuestros campos de batalla sus muertos que no pudieron cargar".

"La pérdida de los nuestros fué un poco considerable entre heridos y muertos".

"Hasta ahora no sabemos la determinación del enemigo, pero nosotros nos mantendremos firmes a defender el punto".

"Apresúreme Ud. las municiones que en mi anterior oficio le pedí"

"Dios guarde a Ud. muchos años. Duvergé".

"El Número" no fué sin embargo, una batalla decisiva. Aunque el General Contreras, apostado en los cerros

del Portezuelo informó haber "*visto pasar ese día, desde las alturas que ocupaba, mucha tropa haitiana en precipitada fuga*", los dominicanos no pudieron conservar definitivamente la posición de "El Número" cuando los haitianos volvieron a la carga.

Los tremendos choques emotivos sufridos por Duvergé habían quebrantado, sin duda, su naturaleza de hierro. Sin otro camino honorable, con su mando coartado por el omnipotente caudillo acampado como un Señor de la Guerra en el Cuartel General de Sabana Buey, Duvergé resignó su mando y se retiró a Baní.

Aunque dice el Dr. A. García Lluberes en su disertación sobre la batalla de "Las Carreras" que Duvergé entregó el mando al Coronel Domínguez en "El Número", parece rigurosamente cierto que fué en el propio campo de "Las Carreras" antes de las primeras escaramuzas.

Sin agua en "El Número" ni en sus inmediaciones, las tropas dominicanas se retiraron una vez más, en busca de las linfas cristalinas del Río Ocoa. Los haitianos, al reanudar su marcha, sufrieron también el martirio de la sed, y avanzaron veloces, sobre el rastro dominicano, en pos del agua salvadora.

Duvergé y Domínguez, con las fuerzas que batallaron en "El Número", habían acampado en la margen oriental del Ocoa, en el extenso hato propiedad del doctor José María Caminero, Secretario de Estado de Relaciones Exteriores dominicano.

Un actor importante, el General Antonio Abad Alfáu, adicto sin reservas a Santana, declaró, cuando se instruía proceso a Valentín Alcántara y a Duvergé, lo siguiente:

"El día 18 de abril, haciéndonos el General Antonio Duvergé, entrega del puesto de Las Carreras nos hizo presentes todas las avenidas y las ventajas que tenía aquel punto para detener al enemigo, pero (dijo) que desgraciadamente las tropas estaban desmoralizadas, y no querían pelear y que estaba seguro de que en cuanto se presentara el enemigo y les tirara cuatro tiros huirían aunque tuvieran las formas de obtener las ventajas que habían tenido en "El Número": con lo que se retiró el General y no lo volví a ver hasta Azua" (Expediente en archivo del historiador Spignolio).

Esta declaración dada en presencia del soldado bajo juicio no fué refutada. Domínguez, bizarro combatiente, quedó entonces al frente del grupo primitivo, bajo la fiscalización inmediata de Antonio Abad Alfáu!

En las pavorosas luchas que el personalismo político encendió sobre esta tierra cuando aún no se había consolidado la nacionalidad dominicana, la acción de "El Número" fué caballo de batalla entre Santanistas y anti-santanistas. Don Félix Ma. del Monte, en su folleto: *"Vida Política de Pedro Santana"* y Don Manuel Ma. Gautier en *"La Gran Traición del General Pedro Santana"*, trataron de opacar la figura militar del vencedor de "Las Carreras" presentando a "El Número" como de mayor importancia.

Don Manuel de Js. Galván, en su obra *"El General Pedro Santana y la Anexión de Santo Domingo a España"* refuta a su vez los especiosos argumentos de los dos jerarcas intelectuales del baecismo.

Años más tarde, Galván, que montaba guardia fervorosa junto a la memoria de Santana, cruzó sus armas de

polemista con el historiador nacional García, refiriéndose ambos en reiteradas ocasiones a la batalla del 17 de abril.

Pero sin duda alguna, las controversias históricas apasionadas contribuyen a oscurecer la augusta verdad de los hechos.

La acción de guerra de Duvergé, fué en nuestro concepto, valiosa y heroica, porque rompió el impulso victorioso del ejército haitiano, pero no fué decisiva. La suerte del país se decide sobre el campo de "Las Carreras" en la acción de armas que dirigió Santana!

BATALLA DE "LAS CARRERAS".

La dura tierra del sur banilejo no tiene otro escenario mas propicio para una acción militar tan resaltante como "Las Carreras". Frente a ese campo agrio, se encuentra la serie de colinas donde el Presidente Soulouque plantó su tienda, teniendo entre ambos lugares las pedregosas playas del Río Ocoa, con su hilo de agua, tan necesaria para la subsistencia de tropas bajo la agitación de combates permanentes.

"Las Carreras" fué el lugar donde las tropas dominicanas, electrizadas por la presencia del General Santana, recobraron el impulso heroico que las llevó en un soberbio empuje, a quebrar los estandartes y oriflamas victoriosos del verdugo haitiano. Sobre esa tierra estremecida por el galope épico de los escuadrones de la muerte, se percibe aún, en los momentos de sublimación del espíritu, el ronco bramar de la batalla salvadora, bajo el acicate de los

clarines con que Santana enardecía sus huestes para el macheteo implacable de las hordas del enemigo de todos los tiempos!

Para estudiar con minuciosidad los sucesivos acontecimientos militares, es imperativo seguir el hilo cronológico. Pocas, por mala fortuna, son las fuentes verídicas sobre hechos de tan capital interés.

El 17 de abril, Duvergé combate en "El Número". Aunque derrota al enemigo, se repliega a "Las Carreras" rebasando el Río Ocoa, donde amanece el 18, y entrega el mando al General Antonio Abad Alfáu. El 19, según Parte No. 76 del General Santana, los haitianos se encuentran frente a "Las Carreras" husmeando a su presunta presa. Como es lógico suponer, ni en "El Número", ni en ningún sitio de la retaguardia haitiana, había fuerzas dominicanas en aptitud de combatir.

La acción de armas cuyo primer Centenario se celebra ahora no tuvo efecto como batalla general de una sola acción. Fué una serie de operaciones de carácter táctico y estratégico, que culminaron después de cuatro días sangrientos, en la derrota total del enemigo.

Santana permaneció hasta la madrugada del día 20 en su Cuartel General de Sabana Buey. Allí recibió las noticias de que el 19 los haitianos habían sido batidos en su primera tentativa por forzar el paso. Moviendo su campamento amanece en "Las Carreras" pocos kilómetros más al norte, esperando nuevas acometidas enemigas.

Por su parte oficial No. 77, al Ministro de la Guerra, Santana informa "sucintamente" de la principal acción de "Las Carreras" el 21 de abril de 1849. Lo expide en el fragor de la batalla.

En fecha 22, Parte oficial No. 78, Santana hace el primer extenso relato. Consigna que los haitianos iniciaron un cañoneo con una pieza de a 12, bajando después tres piezas más, que colocadas en batería, abrieron cerrado fuego sobre las cuatro divisiones apostadas en orden de batalla por Santana, en la margen oriental del Río Ocoa.

Estas divisiones estaban bajo el mando directo, respectivamente, del Coronel Francisco Domínguez, del Teniente Coronel Blas Maldonado, del Teniente Coronel Marcos Evangelista y del Teniente Coronel Antonio Sosa. Los generales de brigada Antonio Abad Alfáu y Bernardino Pérez, estaban "encargados del ejército en movimiento". El General Merced Marcano actuaba como Comandante de Armas del cantón guerrero.

Protegidos por el fuego de su artillería, que no pudo ser devuelto por los dominicanos porque carecían de ella, los haitianos se lanzaron a la carga, al través del lecho pedregoso del Ocoa, concentrando el vigor de su ataque por los flancos del Ejército Dominicano, según da a entender el General Santana en su Parte del día 23.

Bajo el cañoneo haitiano, los generales citados y los comandantes de las columnas, iniciaron el furioso contraataque, a las cinco y media de la tarde, el histórico y glorioso 21 de abril.

En el momento culminante, el General Santana lanzó a la batalla hasta su escolta personal, y la caballería que mandaba el Coronel Pascual Ferrer, en imponente carga de lanceros.

El arma blanca, sagrado instrumento de la libertad dominicana, se entintó con la sangre de los enemigos en derrota. Las playas del Río Ocoa, y las colinas ocupadas

por los haitianos, quedaron cubiertas de cadáveres y de multitud de despojos del equipo de campaña del ejército enemigo.

Leger, al describir con pesar esta batalla, dice: "*El encuentro de Ocoa tuvo lugar. El fué nuestro Waterloo. Las tropas enemigas no llegaban a un cuarto de las nuestras. Nuestras fuerzas habian ya echado las dominicanas del otro lado del Rio, cuyo lecho estaba seco, y nuestros tiradores escalaban con el más bello empuje la orilla opuesta, cuando la señal de la retirada resonó lúgubrementemente en las filas haitianas. En la confusión que se produjo, los dominicanos hicieron una hecatombe de nuestras tropas en el lecho mismo del río*". (Histoire Diplomatique, etc.)

"Ocoa es uno de los misterios de nuestra historia", termina diciendo Leger. Pero este misterio de Ocoa, se reitera de manera pertinaz hasta que cesan los empeños de los usurpadores haitianos.

Los rasgos de valor de los combatientes dominicanos, no pueden ser descritos en detalle, porque conduciría a postergar centenares de héroes cuyos nombres estarán ignorados para siempre. En enorme desproporción numérica, los soldados dominicanos, sin embargo, capturaron los cañones haitianos con arrolladoras cargas de machete.

Un bizarro general haitiano, Louis Michel, pereció defendiendo con desnudo una pieza, perforado el pecho por un certero lanzazo de Cleto Villavicencio, del batallón de Higüey. En los días que corren, los humildes campesinos de esa zona, conocen ese monte como "Loma del Cañón". A los cien años, se recojen por allí infinidad de

objetos de hierro, como restos dispersos por el tiempo, de lo que fué una batalla encarnizada.

Los haitianos fueron vencidos en un choque frontal. Los ancianos del lugar, refieren que el ejército haitiano se empeñaba en bajar en busca de agua. La enconada lucha se efectúa en el lecho del río. Tras las fuerzas enemigas en derrota, escalan como leones los soldados dominicanos, en la semioscuridad del anochecer, las colinas erizadas de enemigos, sembrando la confusión y el espanto, anticipo de la derrota decisiva.

El grueso del ejército haitiano, dirigido por el propio Presidente Soulouque, inicia su retirada, protegido por destacamentos de retaguardia reforzada, encargados de operaciones de contención.

En el Parte que expide Santana el 23 de abril, informa haber enviado guerrillas volantes a hostilizarlos por los flancos. Así cambia su táctica del ataque en masa, por la forma típica del guerrilleo.

Por el ala derecha, el comandante Aniceto Martínez llegó impetuoso hasta las piezas de artillería que aún utilizaban los haitianos. Por el ala izquierda, los capitanes Bruno Aquino y Bruno del Rosario, de las fuerzas banilejas, *"prácticos del lugar, les hicieron tantos estragos sobre las alturas, que a nuestra vista misma les veíamos cargar los muertos"*.

Al caer la tarde del día 22, y durante la noche, el resto del ejército haitiano *"aterrorizado"* abandonó sus últimas posiciones en terrible desbandada.

Santana avanzó en la madrugada en persecución del enemigo, y a las seis de la mañana del día 23, plantó su tienda de guerrero victorioso en la histórica montaña de

"El Número", donde Antonio Duvergé, seis días antes, había sangrado en una acción memorable, a los escuadrones haitianos. Allí dejó Santana una guarnición bajo el mando del Teniente Coronel Marcos Evangelista, y destacó espías para seguir el rastro haitiano.

Sin pérdida de tiempo, según consigna el referido parte, regresó a Sabana Buey, restableciendo allí su Cuartel General.

El día 24 de abril rinde nuevo informe al Ministro de la Guerra. El enérgico ordenancista que había en Santana, se revela en las disposiciones contenidas en dicho documento. Encontrándose en la "Boca de la Palma" desembarcando dos piezas de artillería que le remitieron de Santo Domingo, percibió, como a las cinco de la tarde, por sobre la Bahía de Ocoa, las llamas del incendio de Azua. Era el furor de Soulouque, marcando la ruta de su fuga, con las cenizas de los pueblos y la sangre de sus víctimas.

Allí mismo determinó Santana que las tropas de la "Boca de Palma" se embarcaran inmediatamente para Azua, y que las fuerzas de los otros cantones más al interior, avanzaran rápidamente por tierra, y que el General Antonio Duvergé *"pasara a Azua a encargarse del ejército hasta mi llegada que será en la tarde"*.

Cuando Santana llega a la incendiada ciudad de Azua, contempla un panorama desolador. Los habitantes de aquella martirizada villa habían huido. Muchos fueron asesinados cruelmente. Pero sin arredrarse ante el doloroso espectáculo, dicta las órdenes pertinentes para que los puestos avanzados de Las Matas de Farfán y Neiba fueran guarnecidos, para volver a servir de atalayas de la Patria, en la encarnizada lucha que recomenzaría de nuevo con

el feroz caudillo, tan pronto restañara las heridas que recibió en esta campaña.

El lecho de Río Ocoa y el campo de "Las Carreras", señalan el límite del máximo avance de las invasiones haitianas, en todo el curso de nuestras guerras de independencia.

Refiriéndose a su más alta gloria militar Santana dijo más tarde: *"Llegado el momento supremo vió el enemigo desconcertados todos sus planes, y su grande y bien organizado ejército fué derrotado a mi presencia en la memorable jornada de Las Carreras!!! Allí volvió a respirar la agonizante República. Allí volvieron a ensancharse nuestros límites; allí se levantaron los ánimos y la alegría, y allí vi yo también que la Providencia oyó mis humildes súplicas, y me complacía en haber cumplido mi palabra"*.

"Con las reliquias del ejército de Azua" venció Santana al orgulloso y sanguinario usurpador haitiano. Su nombre, manchado a veces por las violencias del mando absoluto, debe, por encima de todas las pasiones que aún alientan en el estudio de la historia nacional, reverenciarse como el del primer caudillo de las guerras de la independencia, cuya estrella refulge victoriosa en el cielo de la gloria, sobre el pavoroso campo de batalla de "Las Carreras".

Allí, bajo sus órdenes, estaba Mella, el del Baluarte; Sánchez, el del infortunio y la abnegación; e infinidad de guerreros con apostura para la estatuaria épica.

Su voluntad omnímoda; su carácter de militar y político lo colocan sobre todos los que no fueron junto a él, sino lugartenientes, generales de choque, subalternos bizarros y abnegados.

Cuando los adversarios, justos o injustos del General Santana, quisieron oscurecer sus glorias militares, cayeron sobre la batalla de "Las Carreras" en un intento de restar lustre a su importancia histórica. Las iras de los iconoclastas no han respetado en esta tierra ni los valores que enaltecen un pasado batallador con tintes de epopeya.

Don Emiliano Tejera, escritor y pensador austero, hombre solitario en su posición de oráculo nacional durante 50 años, puso una nota terrible al pie de la comunicación que el General Santana dirigió al Presidente Jiménez en fecha 25 de mayo de 1849. Tejera dice textualmente: *"El Gral. Santana falta a la verdad en todo lo que dice del Gral. Duvergé. Este, en unión del Coronel Francisco Domínguez, peleó heroicamente en "El Número" i quizás esta resistencia fué la causa de la orden de retroceso del ejército haitiano. El Jeneral Duvergé desde el 44 hasta el 49 peleó infinidad de veces contra los haitianos, i casi siempre triunfó. Puso su pie victorioso en donde nunca lo puso Santana: En el territorio que Haití retuvo después de la proclamación de la independencia dominicana. Al contrario Santana, en los 13 años de guerra activa contra Haití sólo oyó los tiros del enemigo dos veces: En Azua, de donde se derrotó después de haber vencido, exponiendo con esto la independencia de la República, i en Las Carreras, en donde peleó con la retaguardia de un ejército que se retiraba"*.

No es cierto que Santana venciera en "Las Carreras" la retaguardia de un ejército que se retiraba. Soulouque llegó a las márgenes del Ocoa transponiendo el desfiladero de "El Número" abandonado por Duvergé y sus tropas el mismo 17 de abril, día de la batalla de su nombre.

¿Cómo podía estar el Presidente invasor en la retaguardia que se retiraba, cuando las operaciones de "Las Carreras" se efectuaron durante cuatro días sangrientos forcejeando el enemigo por continuar su avance sobre Santo Domingo? El grueso del ejército haitiano, sus generales, bajo el mando personal de Soulouque, y su equipo de campaña completo se empeñaron a fondo en esa acción decisiva.

"Las Carreras" queda a 86 kilómetros de la Capital de la República y "El Número" a 96. ¿Cómo puede avanzar diez kilómetros un ejército que va en retirada?

Los historiadores haitianos afirman que un ¡Sálvese quien pueda! envolvió en el momento del desastre al ejército invasor. Con ingenuidad patriótica, Justin Bouzon dice: "*Nadie supo jamás por qué Soulouque hizo tocar la retirada*". Ese punto oscuro se lo hubiera aclarado Santana con certeza, pero sin sacar verdadero el pensamiento de Tejera, que atribuye la orden de retroceso a la *resistencia* de "El Número". Después de las furiosas batallas de los días 19, 21 y 22 en "Las Carreras", el derrumbe de la moral combatiente del Ejército haitiano, no pudo ser afectada de manera tan decisiva por la acción de aquel desfiladero, que fué ocupado y repasado por Soulouque después de su primer revés el día 17.

José Gabriel García, glosando el Parte oficial de Santana, de fecha 23 de abril, por cuyo medio informa estar colocando una guarnición en "El Número" dice lo siguiente: "Estando El Número en poder de las tropas dominicanas que el día 17 rechazaron al enemigo, no cabe que el General Santana tomara posesión de este punto el 23. Probablemente se hizo cargo de él para incorporar al grueso

del ejército las fuerzas que lo defendieron, dejándole al cuidado de una pequeña guarnición, lo que está demostrado con la presencia de Duvergé en Sabana Buey, recibiendo el día 24 la orden que le daba Santana de pasar a Azua a tomar interinamente el mando superior de todas las tropas". (Partes oficiales, pág. 23).

Sin embargo, muchos autores, y el mismo García, refieren que Duvergé se retiró del frente, entregando el mando al Coronel Domínguez con lo cual incurren en nuevo error, pues fué al General Alfáu, el día 18, en Las Carreras. Liberado de su ponderosa carga, se retiró a Baní, para incorporarse pocos días después a las fuerzas de Santana.

¿Cómo podía haber tropas dominicanas en aquel desfile, cuando Soulouque lo rebasó en su avance primero y en su retirada después?

BAJAS DE LOS CONTENDIENTES

En el Parte oficial No. 77 Santana informa: "No ha habido de nuestra parte ningún muerto, y sólo tres heridos". En el No. 78, extenso y detallado, dice: "La pérdida del enemigo ha sido considerable, y dentro de los muertos, hemos cogido y enterrado, en el Hato La Carrera, de la propiedad del Dr. Caminero, lugar del ataque, dos generales, uno de división y otro de brigada, según las insignias que tenían, y otro que murió, también de división, por ser cerca de noche, se quedó en el campo y se lo llevó el enemigo; también perecieron infinidad de oficiales, según todas las insignias que ha cogido la tropa". Más adelante

informa "que el campo se encuentra sembrado de muertos y sepulturas de los que pudieron enterrar".

Las pesadas bajas experimentadas por el ejército haitiano, las califica Abel Nicolás Leger de "*hecatombe de nuestras tropas en el lecho mismo del río*". Santana no señala los muertos dominicanos, pero Bouzon informa que Louis Michel, en su heroica defensa del cañón, antes de ser muerto por Villavicencio, había formado una trinchera con los cadáveres enemigos.

Altamente significativa es la comunicación del Ministro de la Guerra, el 23 de abril de 1849, al Jefe de los Ejércitos del Sur, donde le dice: "*Para que la tropa en la pelea no tenga motivos de distracción, forme Ud. una compañía de hombres que acompañen al ejército, llevando consigo lo necesario para transportar los heridos y enterrar los muertos*". Parece que esta brigada tuvo poco trabajo con sus compañeros.

El Dr. Juan Matías Canó, Director del Hospital Militar de Azua, venía desde Las Matas, prestando sus servicios al ejército. Como ayudantes tenía al Practicante Bolmar Polanco, y a Telésforo Volta, Cirujano del Ejército.

COOPERACION DE LA FLOTILLA DOMINICANA

De extraordinaria importancia fué el concurso de la Flotilla nacional durante los dos meses de la campaña de 1849. Los primeros refuerzos que se envían a Duvergé antes de iniciarse la invasión, ascendentes a 201 hombres bajo el mando del General Ramón Mella, se efectúa a bordo de la goleta armada "27 DE FEBRERO".

En las instrucciones expedidas el 20 de marzo de 1849, al Jefe de la Flotilla, se le dice en el párrafo 1o.: *"Haga Ud. rumbo con toda la Flotilla bajo su mando por la costa abajo de la República, y llegará a la enemiga, y hará en ella cuanto esté en su alcance por hacer a los haitianos todo el mal posible, sujetándose a lo que a Ud. se le ha dicho a este respecto"*.

Dos días después se le comunica nueva orden. Conducción de tropas hasta el puerto de Azua, donde debía fondear en espera de nuevas instrucciones.

La Flotilla que operó en la Bahía de Ocoa estaba integrada por la fragata "CIBAO", armada con 20 cañones y demás equipo ligero; la goleta "GENERAL SANTANA" con 7 cañones; la goleta "27 DE FEBRERO" con 5, y la goleta "CONSTITUCION".

Esos buques de la valerosa armada nacional estaban bajo el mando respectivo del General Juan Bautista Cambiaro, Comandante en Jefe; del Coronel Juan Alejandro Acosta; del Comandante Simón Corso y del Capitán Ramón González.

Después del abandono desastroso de Azua, los buques se colocaron en línea de batalla, para cubrir con sus modestas piezas de artillería los caminos de la costa, obligando al ejército haitiano a realizar su marcha por las zonas más inhóspitas y montañosas.

El Cuartel General de Sabana Buey era abastecido cómodamente por la Flotilla, que tenía su fondeadero en "Boca de Palma". Alimentos y pertrechos recibieron por esa vía las tropas dominicanas, para reponer en parte las pérdidas sufridas en Azua.

El apoyo prestado al ejército durante los cuatro días de operaciones en "Las Carreras" evitó el flanqueo de nuestras fuerzas, lo que hubiera ocasionado el colapso mortal de toda defensa hasta los propios muros de la capital.

Técnicamente puede decirse, que hubo cooperación estratégica entre las fuerzas de mar y tierra, por primera vez en la historia militar del país!

Los veleros de la marina mercante nacional, propiedad de armadores particulares, prestaron también su valioso concurso, en el transporte de víveres, pertrechos y tropas, hasta los fondeaderos de la Bahía de Ocoa. Algunas de esas embarcaciones fueron ofrecidas voluntariamente por sus propietarios, y otras requisadas por órdenes de las autoridades competentes.

Se distinguieron en esos cruceros, "LA PELEGRINA", de Pedro Ricart y Marty; "ESPERANZA", de Chanceau y Cía.; la "MARIA LUISA", de Pellerano y Maggioro, así como las balandras de Mr. Durocher é Ign. Arriaga.

SCHOMBURGK EN "LAS CARRERAS"

Justin Bouzon, en sus "*Etudes Historiques sur la Présidence de Faustin Soulouque*" (págs. 139-140), asegura que el Cónsul general de Inglaterra, Sir Robert H. Schomburgk, a la cabeza de un grupo de emisarios, después de tres días de ruta llegó a las orillas del Ocoa, donde se encontraban Jiménez y Santana, con el propósito de parlamentar con los haitianos y presentar proposiciones de paz. Consigna, como cosa cierta que Jiménez y Santana le pidieron suspender su misión, "*para ellos hacer un esfuerzo*

con las tropas del Seibo, todas frescas, que todavía no se habían venido a las manos con el ejército haitiano". Abel Nicolás Leger repite sin examen esa misma especie.

Ninguna versión más falsa. Ni Jiménez se encontraba en el frente en víspera de la batalla de "Las Carreras", ni Schomburgk abandonó la capital en esos días oscuros.

En el Archivo General de la Nación, reposa la correspondencia de Schomburgk con el Gobierno, fechada en los días 18, 19, 20, 21, 22, 23 y 24 de abril, firmada de su puño y letra. Su mayor preocupación era su seguridad personal, y por eso pidió permiso para bajar una guardia armada del "Trincomalee". Tampoco deseaba perder de vista los movimientos de Víctor Place y los afrancesados.

Los escritores haitianos citados, leyeron tal vez una comunicación de este funcionario consular a Lord Palmerston, de fecha 28 de marzo de 1849, pidiéndole instrucciones acerca de qué actitud debía tomar en caso del establecimiento de un protectorado francés sobre la República Dominicana, y *"si en caso de una invasión haitiana a la República Dominicana sería propio para él tratar con el comandante de las fuerzas haitianas para una cesación de hostilidades.* (V. Tansill: *"The United States and Santo Domingo"*, pág. 139).

DERROTISMO Y POLITIQUEO INTERVENCIONISTA

Reanudando el hilo cronológico, hemos de volver al escenario político de Santo Domingo, donde se desarrollaban acontecimientos trascendentales, sintomáticos del caos

creado por la invasión de Soulouque. El pánico más completo se había apoderado de la ciudad, y las autoridades se aprestaban a resistir el sitio de las tropas haitianas.

El 13 de Abril de 1849, el General Román Franco Bidó, Ministro de Guerra y Marina, expidió la siguiente comunicación:

"Señor Decretor de Obreros de esta capital.

Señor: al recibo de la presente Ud. hará reunir todos los albañiles de esta plaza para reparar las plataformas en que se deberán montar las colizas, quedando Ud. responsable de la ejecución de esta orden.

Dios guarde a Ud. muchos años.

Román Franco Bidó."

(Archivo General de la Nación. Copiador de Oficios del Ministerio de Guerra y Marina).

Los comerciantes empacaban sus mercancías. Las familias pudientes se alistaban para un nuevo éxodo. Los consulados se abarrotaban de asilados temerosos, mientras en "Las Carreras" se decidía la suerte de la Patria. Sin comunicaciones rápidas, las noticias llegaban con retraso.

El 19 de Abril, dos días después de la batalla de "El Número", el Congreso Nacional, en solemne sesión secreta celebrada con asistencia del Presidente Jiménez y su Gabinete, resolvió poner la República bajo el Protectorado de Francia.

El Congreso, sin pérdida de tiempo, se dirigió al cónsul francés comunicándole la sensacional noticia. El interesante documento dice así:

Dios Patria y Libertad, República Dominicana.

*Santo Domingo, 19 de Abril 1849,
y 6o. de la Patria.*

CONGRESO NACIONAL

Señor Cónsul:

El Congreso Nacional ha decidido en la sesión de este día invocar el protectorado francés en favor de la República Dominicana, cuya acta le será remitida al Sr. Cónsul inmediatamente esté concluida su redacción.

Lo que comunico al Sr. Cónsul para el uso que juzgue conveniente.

Aprovecho esta ocasión para manifestar al Sr. Cónsul los sentimientos de consideración con que le distingue,

*El Presidente del Congreso
Buenaventura Báez.*

Simultáneamente el Dr. José María Caminero, Ministro de Relaciones Exteriores, se dirigió al referido Cónsul en otro histórico documento que dice:

"Dios, Patria y Libertad, República Dominicana.

Señor Cónsul:

Tengo el honor de informar a Ud. que el Congreso Nacional en su sesión de hoy, a la que asistió el Presidente de la República con los cuatro Secretarios de Estado, ha resuelto por pronta y primera medida reclamar y poner la República Dominicana bajo la protección de la República Francesa, de cuya simpatía tiene pruebas, dejando para otro momento la convenición de las condiciones del Protectorado.

Aprovecho esta ocasión para expresar a Ud. mi satisfacción, y los sentimientos de esperanza que animan al Gobierno con tan importante decisión.

*Dios guarde a Ud. muchos años. Santo Domingo,
19 de Abril 1849, 6o. de la Patria.*

Dr. Caminero".

Víctor Place, envuelto en la vorágine de tan calamitosos acontecimientos, librando una lucha tenaz en competencia con Schomburgk, el Cónsul inglés, apoyó previamente este grave paso de la representación nacional.

Para justificar su conducta, escribió a su gobierno el 29 de Abril, cuando ya se conocían los victoriosos resultados de "El Número" y "Las Carreras", diciéndole:

".....el General Santana ha tomado la ofensiva y derrotado completamente a los haitianos que han aban-

donado Azua, y están actualmente en plena fuga. Me he apresurado a hacer llegar esta noticia a Jacmel mediante una pequeña goleta, con la idea de que podría tener gran influencia en la determinación de Mr. Raybaud.

“En efecto, resulta para mí señor Ministro, necesario llevar a su conocimiento los nuevos hechos que han acaecido. La noche del dieciocho, el Cónsul inglés que no se ha dado reposo ni de noche ni de día y no ha esquivado ningún medio para destruir nuestra influencia, ha hecho al Gobierno dominicano la proposición formal de un protectorado inglés. El Gobierno me ha suplicado acudir en Consejo de los ministros y me ha demandado decidirme inmediatamente y declarar si persistía en rechazar la demanda de un protectorado francés. Me he visto obligado a decir con pena profunda que no podía hacer otra cosa que persistir en mi negativa. Entonces el Presidente me ha preguntado que si recibiría cuando menos sus propuestas por escrito. Esta vez, sabiendo que un titubeo de mi parte traería la pérdida irremisible de este asunto, he creído poder obrar por mi cuenta, y he declarado que aceptaría.”

Schomburgk inquietado por las graves noticias de la campaña, escribió directamente al Presidente Jiménez, inquiriendo si el Gobierno estaba en condiciones de tomar medidas para garantizar el Consulado, las personas que allí residían y la protección de las propiedades británicas, pues de lo contrario requeriría del Capitán Warren, comandante del barco de guerra TRINCOMALEE, bajar

una guardia armada al consulado. (V. Doc. No. 15, Exp. 7, Leg. 2, Sec. Relaciones Exteriores, A. G. N.)

El Agente Comercial de Estados Unidos, Mr. Jonathan Elliot, aparece en escena, como un tercer personaje, involucrado en los acontecimientos más graves de la vida pública. Los Estados Unidos intervienen de ahí en adelante, empeñados en frustrar todo empeño de las potencias europeas por anexarse la infortunada tierra dominicana.

Elliot escribió al Ministro Clayton en los mismos días, informándole que *"El Presidente me ha dicho que se tiene la intención de incendiar la plaza en caso de que ellos no puedan resistir a los haitianos. Yo espero cada hora oír noticias de la destrucción de la ciudad"* (Manning, Ob. cit.).

Ese mismo día llegaron a la capital las primeras noticias mensajeras de la victoria. Las multitudes rugieron de entusiasmo, levantando clamores de exultación al nombre del General Santana, a quien consideraban como realizador del milagro heroico necesario para derrotar las huestes del delirante Faustin Soulouque.

Schomburgk, sin pérdida de tiempo, dirigió otra comunicación a Jiménez diciéndole: *"Las gloriosas noticias que han llegado esta mañana, y sobre las cuales yo tengo el placer de congratular a Su Excelencia como cabeza de la República, de todo corazón"*. Hacía además, votos por que la bandera dominicana siguiera flotando sobre todos los fortines de la ciudad.

El último paso de Jiménez en la agonía de su régimen fué cuestionar a Elliot, sobre la anexión de este país a los Estados Unidos.

SUBLEVACION DEL EJERCITO

El Cuartel General del Ejército, establecido en Azua por el General Santana, se convirtió, tan pronto amainaron las faenas de la guerra, en centro de actividades políticas.

En fecha 6 de Mayo, el gobierno ordenó a Santana entregar las fuerzas bajo su mando al General Duvergé, y a la vez que se reintegrara a la capital con su Estado Mayor. Sin pérdida de tiempo, Santana frustró el éxito de la maniobra gubernativa ordenando la apertura de un proceso contra Duvergé y Valentín Alcántara, acusándolos de negligencia culpable en sus deberes, lo que ocasionó el desastre militar de los primeros días de la invasión.

El socorrido expediente de los pronunciamientos militares va a comenzar de nuevo. El 9 de Mayo, los oficiales comandantes acuartelados en Azua, se rebelan contra el gobierno de Jiménez. Manuel de Regla Mota, el incondicional amigo de Santana en Baní, secunda este paso colocándose en la vía de la rebelión. El General Cambiaso, jefe de la flotilla, y todos los comandantes de los buques, se adhirieron al pronunciamiento, restando así al Gobierno un arma útil para su defensa.

Por todo el país se propagó la revuelta. El elemento militar, como obedeciendo a un solo pensamiento, se adhirió sin reservas al movimiento que desconocía a Jiménez, en beneficio del soldado victorioso de "Las Carreras". Mientras tanto, en el seno del gobierno, se acentuaban las divergencias funestas que abocaban el país a una guerra civil.

El Congreso Nacional, bajo la presidencia de Buenaventura Báez, se convirtió también en centro de oposición al Presidente Jiménez, desprestigiado ante la opinión pública por su notoria falta de aptitudes para el mando supremo en los terribles momentos que el país acababa de pasar. Este alto cuerpo nacional, en sesión celebrada el 12 de mayo, llamó a Jiménez para interpelarlo "*para que diera cuenta de las causas que motivaron los grandes desastres sufridos por el ejército dominicano al principio de la invasión haitiana*",

El Congreso, con la oposición de la minoría netamente jimenista, decretó su traslado a San Cristóbal, lo que no pudo realizarse, por las persecuciones que se iniciaron de inmediato, obligando a los opositores del gobierno a buscar amparo en los consulados extranjeros.

Santana, en rápida contramarcha hizo rumbo con sus fuerzas sobre Santo Domingo. El 13 de Mayo, expidió en su Cuartel General de Baní, un Manifiesto desconociendo al gobierno del Presidente Jiménez, lanzándole graves acusaciones. Jiménez replicó al caudillo insurrecto con una proclama fechada el 16 de Mayo.

Reanudando su avance, Santana puso estrecho sitio a la ciudad de Santo Domingo el 19 de mayo, con tres fuertes columnas de soldados aguerridos, bajo el mando de oficiales veteranos. Estableció su Cuartel General en Guibia, donde fecha su primera comunicación a los miembros del gobierno, exigiendo, "*como único medio de evitar la efusión de sangre, que el Presidente deponga el mando*".

Después de un intrecambio epistolar incendiario que duró varios días, se inicia desde los fuertes de la ciudad el bombardeo sobre los cantones sitiadores, que ocasionó la

destrucción por el fuego, de una parte de la villa de San Carlos, el 22 de Mayo.

Sin esperanzas Jiménez de vencer en esa lucha sin gloria, se avino a una Convención, por intermedio de los Cónsules de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, que fué firmada en el Cuartel General de Guibia el día 29 de Mayo.

Jiménez, acatando lo dispuesto en el Art. 7o. de esa Convención, presentó renuncia de su cargo, después de ocho meses de infecundo ejercicio presidencial. Ese mismo día se ausentó de su Patria para siempre el General Jiménez, a bordo del bergantín inglés "HOUND" que le había sido facilitado por el Cónsul Schomburgk. Le acompañaban en este viaje sin gloria, algunos de sus amigos caídos, entre ellos Jacinto de la Concha, Tomás Troncoso, Pedro Alejandrino Pina, Juan Nepomuceno Ravelo, Santiago Barriento, Tomás Sánchez y Justiniano Bobea.

Iba allí también el General Valentín Alcántara, prófugo de la justicia militar. Este hombre, de triste memoria, orientó en seguida sus pasos hacia la tierra de Soulouque, su protector. Años más tarde, al servicio del ya pomposo Emperador Faustin 1o., tendría oportunidad de encontrarse con Jiménez, habitante de Port-au-Prince, a la sombra política del tirano que Santana humilló en "Las Carreerras".

Santana realizó el 30 de Mayo su entrada triunfal a la ciudad capital de la República, aclamado por el pueblo, reverenciado en la exaltación de su prestigio y de su gloria.

Después de una serie de acontecimientos angustiosos, Santana asiste a la sesión extraordinaria del Congreso, el día 6 de Julio de 1849, y rinde cuenta de su fulminante

campana contra los haitianos, y de sus gestiones como Encargado del Poder Ejecutivo.

En uno de los párrafos de su declaración al Congreso, plantea la necesidad y conveniencia de iniciar la guerra ofensiva contra Haití, única medida de la cual podrían esperarse resultados más duraderos y positivos.

Dice el caudillo en su informe: "Por último, el Congreso dignará permitirme en lo relativo a la guerra, una reflexión que debe ocuparle muy seriamente: la guerra defensiva que estamos sosteniendo, aunque con mucha felicidad, no nos dará jamás ningún resultado definitivo y ventajoso; pues nuestras operaciones estarán siempre subordinadas a las de los enemigos; resultando de aquí que teniendo ellos la iniciativa de la acción pueden a su comodidad y arbitrio emplear todos sus brazos para crearse recursos, mientras nosotros, por el contrario, habremos de estar a pié firmes, sujetos a sus movimientos: de ese modo tendrán ellos la paz cuando les plazca, y nosotros, jamás. Si pensamos en conseguir la paz es preciso ir como vencedores a firmarala mucho más allá de nuestros límites es preciso tomar la ofensiva. Que el Congreso se convenza que para nosotros la ofensiva es cuestión de existencia. Tal es el aspecto con que se presenta hoy la cuestión de la guerra y el modo difícil, es verdad, pero único de resolverla con menos perjuicio de nuestra parte".

Estos párrafos sintetizan, no sólo un concepto militar radicalísimo, sino también, el criterio político de Santana.

Estas directrices de la guerra ofensiva, las lleva Báez a la realidad en su primer período presidencial.

En esta misma sesión se verificaron las actas de los Colegios Electorales, de donde habría de salir el nuevo mandatario del pueblo dominicano. De los 60 votos electorales obtuvo 45 el honorable ciudadano Don Santiago Espaillat, miembro del Consejo Conservador en representación de la Provincia de Santiago.

Pero Espaillat no fué tentado por esta elección, y presentó renuncia al Congreso en fecha 12 del mismo mes. Esta renuncia creó una situación política cuyos efectos gravitaron poderosamente en la vida pública dominicana: la posterior ruptura entre Santana y Báez generadora de contiendas desastrosas, y de proyectos lesivos para la soberanía nacional.

Sumner Welles, en su "Viña de Naboth", afirma que *"Buenaventura Báez, alegando que sus actividades en el Congreso habían sido los factores principales que produjeron la caída de Jiménez, reclamó para sí la Presidencia, y como Santana había anunciado su determinación de no volver al poder, se vió en el caso de darle paso a Báez."*

Santana no asistió a la sesión celebrada por el Congreso Nacional el 24 de Septiembre de 1849, en la cual prestaría el juramento constitucional el coronel Buenaventura Báez, alegando encontrarse indispuesto. Envió con el General Ramón Mella, su secretario, un informe acerca de su última recorrida por la región del Cibao.

Báez, el político dominicano de mayor rigor dialéctico en aquellos tiempos, el orador certero que no perdía tiempos en vanos circunloquios porque siempre iba derecho a su objetivo, pronunció un interesante discurso des-

pués de prestar juramento. Como era de lógica política, dejó constancia de su admiración por Santana, en ese instante señor absoluto de los destinos nacionales.

Como él, Báez, había sido uno de los gestores más activos de los protectorados, no olvidó presentar allí su tesis, germen de sus negociaciones más tarde, en pro de la anexión a los Estados Unidos, cuando ya había perdido totalmente el freno de la moral política, y sólo ansiaba la consolidación de su hegemonía personalista al amparo del pabellón de los Estados Unidos.

El 24 de Septiembre de 1849 dijo: "Las mejoras del sistema monetario y del cambio son objeto principal de todo buen gobierno, más como esta cuestión se une y complica con la cuestión política, y como debemos asegurar cuanto más se pueda la tranquilidad de la República, es mi dictamen que debe activarse y agitarse a la mayor brevedad la solución de la cuestión por la cual obtenga la intervención y protección de una nación fuerte, aquella que más ventajas nos ofrezca, y es la primera circunstancia de donde a mi ver depende la base fundamental de nuestra prosperidad.

"Así lo ha comprendido el Congreso Nacional, (se refiere a la sesión secreta del 19 de Abril) y los gobiernos pasados: Cuando una nación no puede libertarse de insultos, cuando no puede tampoco desarrollar los elementos de prosperidad que en sí contiene para progresar, hace causa común con un Estado más poderoso que lo ayude en la guerra; reservándose siempre la administración por sí misma, y

que sólo se diferencia de las alianzas ordinarias en el grado de dignidad que establece entre las partes contratantes.

"La historia nos presenta diferentes ejemplos, y nada tiene de extraño, a no tener el convencimiento de que unas veces el espíritu de malignidad, otras el egoísmo y otras las interpretaciones tortuosas han interrumpido la marcha que desde el principio se le dió al negociado, con descrédito y mengua de los buenos patriotas, que desde su origen concibieron las cosas bajo su verdadero punto de vista".

SOULOUQUE REGRESA A SU CUBIL

El 6 de Mayo de 1849, Soulouque, vencido espectacularmente, hacía su entrada a Port-au-Prince, con los restos de un ejército andrajoso y maltrecho. El estruendo del cañón anunció su llegada, y las músicas marciales que le acompañaron a su Palacio, fueron como una burla a sus pabellones y estandartes destrozados. Dos meses completos duró su asoladora campaña, que estuvo a punto de destruir para siempre a la República Dominicana.

El despotismo de este feroz caudillo haitiano, agarrotó cada vez más a su pueblo, después de su primera triste aventura en tierras dominicanas. Sin embargo, para entretener a sus adoradores, transformó en 24 horas su Presidencia en un Imperio. El 26 de Agosto, el Senado de aquella República, previa petición de las fuerzas armadas, lo designó como emperador Faustino I. Pero no cesaría este

hombre cruel, en insistir en sus ataques a la República Dominicana.

Su Imperio, dicen los más eminentes autores haitianos, fué consecuencia directa de su derrota desastrosa a orillas del Ocoa. Los centenares de miles de parias haitianos, iban a tener, en cambio de tierras fértiles conquistadas por el esfuerzo de sus armas, escenas de ópera bufa, al compás de los tambores rituales del voodoo!

Más tarde en Port-au-Prince, en reunión de sus generales y cortesanos, refiriéndose a su "campana del Este", Soulouque dijo que había abandonado algunos cañones, porque tenía la seguridad que dentro de seis meses volvería a recuperarlos. *"Pondré en ello, dijo el usurpador, todos mis recursos, toda mi existencia, porque he jurado subyugar a los rebeldes. Es necesario no dejar entre ellos pollo ni gato viviente. Los perseguiré hasta el fondo de sus bosques y hasta las alturas del Cibao, sin piedad, como puercos cimarrones."*

No pudo cumplir el Atila haitiano su promesa. Las armas dominicanas se impusieron sobre sus hordas vándlicas, cada vez que cruzó, en años sucesivos, la frontera señalada como línea de fuego de los ejércitos nacionales.

POLITICA INTERNACIONAL DOMINICANA DESPUES DE "LAS CARRERAS"

La frenéticas actividades de los gobernantes dominicanos durante la invasión de Soulouque, para conseguir el Protectorado de Inglaterra, Francia o Estados Unidos,

y aún de España, indiferente y lejana, creó una atmósfera política peculiar, favorable a todas las gestiones de ese tipo, que tendieran a garantizar la vida del pueblo dominicano.

Sin tapujos de ninguna especie se podía tratar públicamente de esas actividades, sin que nadie intentare calificar de traidor al defensor de esta tesis. TODO MENOS HAITI, parece que era la consigna de aquellos tiempos.

Estados Unidos no deseaba que las Potencias europeas se asentaran nuevamente como amos, en alguna de las dos porciones de la Isla de Santo Domingo. Francia e Inglaterra recelaban recíprocamente de sus actividades, y maniobraban en el campo diplomático para frustrar todos los propósitos anexionistas de su rival entre sí.

El Presidente norteamericano Taylor, asesorado por su Ministro Clayton, envió a Benjamín E. Green, con instrucciones especiales a Santo Domingo, para intervenir en todas estas maniobras.

Como era natural, la actitud francamente agresiva del ya Emperador Faustino, mantenía la inquietud en el pueblo y el gobierno dominicano, que acicateado por este temor, y por las doctrinas de los políticos conservadores, activaba sus gestiones en Londres, París y Wáshington.

Cuando el gobierno dominicano solicitó formalmente la mediación, las potencias aceptaron, como medio eficaz de contener al haitiano, y asegurar la independencia dominicana, sin temor a que alguna de las tres, se aprovechara de un instante de confusión para anexarse el torturado país, que con tan heroica tenacidad defendía su soberanía.

En 1850, las tres potencias presentaron mancomunadamente al gobierno haitiano sus condiciones. La taimada diplomacia de nuestros vecinos, trató siempre de eludir compromisos formales al respecto, e hizo proposiciones ridículas dentro de sus tácticas dilatorias.

Pasaron los años, y siempre bajo el interés de las potencias mediadoras, que contenían los propósitos expansionistas de nuestros enemigos, la República Dominicana se fué fortaleciendo, hasta que un día cesaron para siempre los temores que angustiaron la vida de nuestros heroicos y abnegados antecesores.

De ese modo, el concurso internacional que obtuvo la República Dominicana, a raíz de haber tronchado en "Las Carreras" la destructora invasión de Soulouque, fué poderoso coadyuvante de los esfuerzos de un pueblo decidido a morir en defensa de todo lo que hace la vida digna de vivirse!

TITULOS DE SANTANA RELACIONADOS CON SU VICTORIA EN "LAS CARRERAS"

La batalla de "Las Carreras" proporcionó a Santana dos títulos. Uno glorioso y otro triste.

El 18 de Julio de 1849, el Congreso Nacional le otorgó el título de LIBERTADOR DE LA PATRIA, y le nombró General en Jefe de las Armas Dominicanas.

El 28 de Marzo de 1862, la Reina de España expidió un Real Decreto concediéndole Título de Castilla con denominación de MARQUES DE LAS CARRERAS.

PALABRAS FINALES

De 1849 a esta fecha, se ha escrito caudalosamente sobre Pedro Santana y su vida política. En el marco de este trabajo, que no es por su naturaleza, una biografía del caudillo, sino el análisis objetivo de su hecho de armas más notable, no caben juicios que trasciendan más allá de 1850. Si el soldado tuvo errores funestos más tarde, no pueden ser juzgados ahora, cuando se valora su concurso heroico a la independencia nacional, durante la épica campaña de 1849.

No puede traerse la memoria de Pedro Santana, al examen de la Historia, sin antes despojarse los obreros de esa alta ciencia, de las pasiones que durante un siglo han acumulado tantos oprobios sobre la personalidad avasalladora del hombre que en esta tierra es una mezcla perfecta de luces y de sombras.

Opinamos que Santana en "Las Carreras" salva la República. Cuando otros grandes soldados de la independencia, venían siendo arrollados por los haitianos, el pueblo y el Congreso tienden su mirada al Seibo y lo reclaman.

Su presencia en el campo de batalla inyectó la soberbia del coraje y la valentía a las tropas en derrota. Santana no era un general de choque, de esos que saltan a cortar cabezas en el fragor infernal de las batallas, sino el caudillo temperamental, con arrogancia y magnetismo suficientes para conducir a las supremas inmolaciones, tropas enardecidas por el acicate de su voz y el imperio anonadante de su mando.

Este hombre enérgico era, sobre todo, un político. Su pasión era el mando; pero el mando sin limitaciones, donde su voluntad fuera ley suprema para todos los hombres a su alcance. Esa pasión salvó la República!

Si muchos se empeñan con fortuna en que Santana cargue sobre la loza de su tumba los errores de otros junto con los suyos, y si desean acumular sobre su historia, cuanto de triste y pecaminoso tuvo la vida pública dominicana mientras él tenía en sus manos el poder, justo es, absolutamente justo, que su recuerdo sea reverenciado como la figura más importante en la cpopeya formidable de 1849, cuando su brazo detuvo la Patria al borde del abismo, y cuando su palabra fué oráculo sagrado en las deliberaciones solemnes del destino nacional!

APENDICE DOCUMENTAL

Documento número 1

17 de Noviembre, 1848.

No. 80

Sr. Consul
de Francia

Señor Consul.

Al obtemperar el Gobierno en octubre ultimo con la repetida solicitud del Señor Consul General, cerca de la R. Haytiana, trasmitida por el orgario de v., de dar como se dieron ordenes a los gefes de nuestras fronteras del Sur para permitir el paso y recomendar fuese debidamente recibido, no podia pensar sino en la satisfaccion que le procuraba su visita en los mismos momentos en que habia abierta a nombre del gobierno francés las negociaciones de mediacion con la R. Haytiana para terminar las diferencias con esta como se vé por la carta de dicho Sr. Consul General Raybaud de que v. me dirigió copia.

Pero el resultado ha sido inversa por que invocandose y sirviendose del nombre y transito del Sr. Consul General, un numero del ejército Haytiano logró entrar en el puesto avanzado dominicano como escolta del Consul General de Francia sin que se le hubiese hecho fuerza, puesto que estaba dada la orden en aquel de admitir y



respetar al Señor Consul, poseidas bajo este amistoso pretesto del puesto avanzado que era de donde debia salir la noticia para el Cantor Genel. de las Matas, aprovecharon la noche para introducirse con el mismo falso anuncio previniendo toda disposición de hacerles fuego y saludando fraternalmente a todos los habitantes, se limitaron a llevarse al Genel. Valentin con otros oficiales y militares en numero de 20 a 25, 2 cañones de Campaña y cuantos fusiles y pertrechos de guerra pudieron cargar durante su corta permanencia en las Matas, publicaron a son de caja que nada tenian que temer los habitantes, que todos eran amigos y la venida del Consul General frances, era por que no habria mas guerra con la R. Dominicana y que los limites de la R. Haytiana estaban fijados hasta el rio Yaque.

De estos antecedentes y de la existencia del hecho positivo de mediacion de parte del Consul General entre las dos Repúblicas y de en determinacion al viage por tierra, que motivó la recomendacion a nuestras fronteras, se deduce que el Go. Haytiano aprovechandose de los mismos elementos de la negociacion empezada en lugar de esperar honorablmente el resultado, ha obrado de mala fianza puesta en el Gobierno frances y mas particularmente, comprometiendo para con los Dominicanos, la contante al honor y delicadeza del Sr. Consul General a quien unicamente se hizo la concesion del transito que este es un estratagema no de aquellos permitidos en la guerra sino una falta y violación a los principios con desprecio del Consulgado encargado de las comunicaciones mediadoras y que al mismo consulado debe tocar hacer enderezar tamaño desacato, cuyo medio prefiere mi Gobierno

por deferencia a la nacion francesa, pues de otro modo y no habiendo sido los oficiales hechos prisioneros ni los cañones y pertrechos tomados a consecuencia de un combate, sino bajo el nombre pacifico de la presencia del Consul de Francia, creo deban ser restituidos por la misma intervencion del mediador de cuyo nombre se abusó, pues en otro caso nada detendria al Gobo. Dominicano para tomar la condigna satisfaccion.

Con respecto a los oficiales sorprendidos, su libertad de regresar parece ser tanto /mas facil cuanto que Vd. sabe la generosidad de que ha usado el Gobo. Dominicano con los prisioneros Haytianos que tenia aquí, de que una parte ha salido ya para el extranjero y en ulto. recurso ecisten aun el Almirante y otros oficiales con quienes puedan ser cangeados y por ulto. no puedo prescindir de poner en su conocimiento que con la mala fé haytiana y abuso hecho del Consulado de Francia, el transito por las fronteras no podrá en lo sucesivo tener lugar.

Aprovecho esta ocasion para reiterar a vd. los sentimientos y consideraciones para con los representantes de la R. Francesa esperando a que el presente reclamo tenga la acogida que su importancia merece.

Dios guarde a v. muchos años.

El Mtro. de Res. Exteriores — firmado — Dr. Caminero.

(Libro I, copiador de oficios,
Relaciones Exteriores).

(Este oficio tiene en el libro copiador citado una nota que dice: "no tuvo efecto".)

Documento número 2

EL CONGRESO NACIONAL AL PUEBLO DOMINICANO

PROCLAMA. 26 marzo 1849

Dios, Patria y Libertad . .
República Dominicana

EL CONGRESO NACIONAL

Al Pueblo Dominicano.

Conciudadanos: La retrógrada y antisocial Haití, siguiendo siempre su instinto salvaje de dominación, merodismo y destrucción, prepara imponentes fuerzas para invadir nuestros pacíficos hogares, y exterminar indistintamente a sus inocentes moradores; el genio feroz de la devastación y de la muerte dirige sus pasos, y si desgraciadamente lograrse debelar nuestras tropas e internarse en este suelo, lagos inmensos de sangre, llanuras inmensas de fuego, y un caos de horror y muerte señalarían su infausta marcha por la Primada de Colón.

El momento del triunfo o del exterminio ha llegado ya para nosotros; la Patria, donde reposan en sueño eterno las cenizas de nuestros mayores, exige imperiosamente del último de sus hijos el concurso de sus fuerzas, el concurso de su cooperación, el concurso de su civismo.

La Representación Nacional al dirigiros su voz no os hace, nobles compatriotas, la injusticia de pensar que necesitáis del menor estímulo para llenar tan sacrosanto deber, no; los vencedores de Azua, Santiago, Los Pinos, Cachiment, Comendador, Beler, Estrelleta, y demás lugares memorables por el valor y heroísmo dominicano, tienen y tendrán siempre nuevas coronas de inmarcesible gloria en el campo del honor y un lugar distinguido en el templo de la inmortalidad; pero la Representación Nacional debe en circunstancias difíciles demostraros que llena su misión con el vigilante celo que exige vuestra situación.

Habitantes de la Primada de América!: El feroz enemigo que por tantos años nos dominara, hoy más que nunca encarnizado por las terribles lecciones que en cinco años de continua lucha le habéis dado: lecciones horribles del poder de un puñado de hombres libres, se dispone no a unciros de nuevo al carro de la más abyecta servidumbre, no: se prepara y dispone a convertir a la nada y caos primitivo el Este y sus habitantes: El Arcángel de la muerte y exterminio marcha a su frente, y a su espalda el genio de la desolación y olvido, tremola su negro estandarte. Haitianos y la nada son hoy para nosotros ideas correlativas. Recordemos sus invasiones de los años 1, y 5; sus devastaciones, los horrendos deguellos de Moca, Santiago y les *verettes*: recordemos el incendio total de esta parte; recordemos todas las épocas de su funesta aparición, y si en aquella en que como hermanos nos han dado el ósculo fraternal, nuestros derechos más sagrados no han sido respetados; si el patrimonio de nuestros padres se nos ha arrancado y dividido como despojo de la bárbara conquis-

ta; si el fruto de nuestro trabajo personal ha sido tasado, y el mísero sustento limitado; si el pan de nuestros padres e hijos, se ha regado con sangre, y amasado con nuestras lágrimas; y si el honor de nuestras vírgenes ha sido torpemente mancillado, y su vida precozmente extinguida: si se nos ha reducido a espantosa servidumbre, a adoptar sus usos y costumbre inmorales, a renunciar nuestro lenguaje, a vivir en la miseria y la orfandad; si nuestros templos, memorias venerandas de la religión de nuestros padres, han sido derruídos para emplear sus materiales sagrados en profanas obras, si nada que fuese propio era respetado; si aún la religión, precioso legado de tantos siglos, ha sido proscrita, sus templos poluídos, sus venerables ministros perseguidos y vejados; si la Religión misma que es propiedad interna del espíritu, se nos ha arrancado prohibiéndonos con sus contaminaciones y profanaciones el culto externo de ese Dios de nuestros mayores, que es el Dios fuerte y Protector de los dominicanos: el Dios Omnipotente que con una palabra hizo todo lo visible e invisible, y que con otra hizo, también el 27 de Febrero de 1844, que la voz Separación levantase instantáneamente a todos los habitantes del Este, como si fuesen una sola y única voluntad; que ha sido y es el poderoso caudillo de nuestros triunfos como lo justifica la prenatal existencia de la República. Si los años de su dominación fraternal fueron prolongados siglos de esclavitud, robos, lágrimas y horrores, ¿qué sería hoy cuando como conquistadores entrasen en nuestro suelo? No: no hay nombre en la historia de la barbarie. La feroz voracidad del tigre sería nada comparada a la venganza de los que abatido su orgullo brutal han sido diezmados en el lapso de tiempo que proclama-

mos nuestra Separación. Ni el joven, ni el anciano, ni la madre, ni el inocente niño, ni la cándida virgen, ni el inofensivo sacerdote, ni viviente alguno del Este de la Isla, se libraría de su exterminadora cuchilla después de haber sido horriblemente deshonrado y mutilado. La muerte extendería sus negras alas sobre todos los que se llamasen dominicanos, porque llevan en su frente impreso el sello de la reprobación haitiana. La muerte!!... La muerte es nada, ¿pero y el honor de nuestras mujeres, hermanas e hijas, la vida de nuestros hijos inocentes del crimen de haber sacudido la abominación haitiana?... Dominicanos! Que sea un vasto e inmenso sepulcro la República, antes que la feroz y concupiscente mirada de un haitiano se complazca ante el cuadro horrendo y desolante de nuestras hijas, hermanas y esposas prosternadas, pidiendo gracia, no de la vida, sino del honor...

Compatriotas, vosotros todos sois dignos del renombre de hombres libres; vosotros todos en cinco años de gloriosos hechos y de grandes sacrificios habéis conquistado la Independencia de nuestros tiranos y habéis merecido la gratitud de la Madre Patria. Salvemos el abismo que se nos abre de nuevo; confiad en la Providencia Divina, cuyo concurso hasta hoy ha sido indeficiente. Confiad en la acción enérgica del Gobierno que toma todas las medidas al alcance de la humana prudencia, y que cual que sean los sacrificios de todo os proveerá. Confiad en vuestros Representantes que permanentes mientras dure el peligro a todo proveerán y que no cerrarán sus sesiones hasta que no fijen irrevocablemente vuestra suerte y bienestar futuro; toca, por tanto, a vosotros llegar, ver y vencer; que el orgulloso caudillo y sus bárbaras legiones

no profanen con torpe planta la tierra de tantos sacrificios, ni den al mundo civilizado ejemplos de barbarie y atrocidad indignos aún de las hordas nómadas del Asia.

Dominicanos!: la hora solemne, tremenda y augusta de la gloria, o del exterminio ha sonado. La Patria ha de existir, o desaparecer. Cada palmo de terreno ha de ser sellado con la vida de un invasor, y aunque fuesen más numerosos que las arenas del mar, debemos triunfar, porque la lucha dominico-haitiana es de vida y honor. ¡O dominicanos y la libertad, o haitianos y el deshonor y la muerte! ¡O la victoria, o la tumba con todo lo que nos pertenece!

Sala del Congreso a 26 de marzo de 1849 y 60. de la Patria. El Presidente del Congreso: *Santiago Espaillat*. Los Secretarios: *Casimiro Cordero*. *Cristóval José de Moya*.

(*Rodríguez Demorizi: "Guerra Dominico-haitiana"*).

Documento número 3

Número 100 A.

2 de Abril de 1849.

Al General de División
Pedro Santana, en el Seibo.

Muy señor mío: Con fecha de hoy, dos de Abril, he recibido un decreto del Congreso Nacional en donde me exhortan a convocarlo inmediatamente para que se ponga a la cabeza de las tropas que se reúnan en esa Provincia,

y venga a ponerse a la disposición del Presidente de la República.

Dios guarde a V. muchos años.

Román Franco Bidó.

(Archivo General de la Nación. Copiador de Oficios del Ministerio de Guerra y Marina, 1849-1851.)

Documento número 4

Número 100 B.

Abril 2 1849.

Al Gefe Supr.

Político del Seybo.

Honorable Sr. Con fecha de hoy acabo de recibir un decreto del Congreso Nacional en donde me exhortan a convocarlo pa. inmediatamente movilice la Guardia Cívica de toda esa Prova. y la ponga bajo el mando del Sr. General de División Dn. Pedro Santana, junto con las demas tropas, para que venga a ponerse a la disposición del Sr. Presidente de la Repca.

Dios guarde a V. ms. años.

Román Franco Bidó

(Archivo General de la Nación. Copiador de Oficios del Ministerio de Guerra y Marina, 1849-1851.)

Documento número 5

Número 103

Abril 4 de 1849

Al General de
División Pedro
Santana.

Sr. General: La presente tiene pr. objeto decirle que al recibo de ella aun cuando no tenga tropas reunidas marche sin pérdida de tiempo. Dios Gue a V. ms. años.

Román Franco Bidó

(Archivo General de la Nación. Copiador de Oficios del Ministerio de Guerra y Marina, 1849-1851).

Documento número 6

Número 104

Abril 4 de 1849

Al Gefe Po-
lítico de La Vega.

Pongo en su conocimiento que ayer mañana se han batido nuestras tropas con la vanguardia enemiga en el punto de Tábara y es de presumirse que hoy estén haciendo lo mismo en los Conucos de *Azua* cuyo punto debemos sostener a todo trance pa. que no pasen evitandolo la artillería del pueblo de *Azua*.

Esta ocurrencia debe hacer redoblar los esfuerzos, y pr. el Gobernador Político de Santiago sabrá V. la medida que con esta fecha se le ha recomendado contra las fronteras del Nord-Este. En esta virtud parece conveniente que todo el mundo esté avisado y listo pa. presentarse a la primera llamada. Dios gue. a V. ms. años.

Román Franco Bidó

(Archivo General de la Nación. Copiador de Oficios del Ministerio de Guerra y Marina, 1849-1851).

Documento número 7

Número 112.

9 de Abril de 1849.

Al General de División Don P. Santana.

Señor: Al recibo de la presente V. se transportará a las fronteras del Sur en donde de acuerdo con el General Antonio Duvergé obrarán en todas las operaciones concernientes a la defensa y seguridad de dichas fronteras. Dios guarde a V. muchos años.

Román Franco Bidó

(Archivo General de la Nación. Copiador de Oficios del Ministerio de Guerra y Marina, 1849-1851).

Documento número 8

Número 113

9 de Abril de 1849.

Al General Antonio Duvergé, etc.

Señor General: Pongo a su conocimiento que el General de División Pedro Santana marcha para esas fronteras el que se pondrá de acuerdo con V. y obrarán en las operaciones concernientes a la seguridad y defensa de esas fronteras.

Dios guarde a V. muchos años.

Román Franco Bidó

(Archivo General de la Nación. Copiador de Oficios del Ministerio de Guerra y Marina, 1849-1851).

Documento número 9

Número 115

Abril 9 de 1849.

A los Generales
Salcedo y Gómez.

En el día de ayer los haitianos se apoderaron del punto de Azua o mejor dicho le abandonaron según comunica el Presidente dejando solos los Generales que las mandaban pues que teniendo suficientes pertrechos, municiones, mas de 12 piezas de calibre y provisiones debe

creerse que huyeron en lugar de retiraron, quedando en Azua, *cuanto había*.

Al amanecer del día de mañana sale de esta Capital pa. las Fronteras del Sur el General de División Pedro Santana a unirse y ponerse de acuerdo con el General Duvergé pa. tomar todas las medidas de defenza y seguridad de aquellas líneas. El Cuartel General se encuentra en Sabana Buey y es pa. aquel lugar que sale el Genl. Santana.
Dios gue a V. ms. años.

Román Franco Bidó

(*Archivo General de la Nación. Copiador de Oficios del Ministerio de Guerra y Marina, 1849-1851*).

Documento número 10
Número 118.

Abril 10 de 1849.

Al Gefe Superior Político del Seybo.

Sr. General: El Consejo de Ministros ha recibido sus oficios de fecha 8 de los corrientes bajo los Nos. 134 y 135 de cuyos contenidos queda impuesto. Por mi órgano ordena a V. haga marchar pa. esta Capital todos los hombres que pueda reunir de 14 años hasta 50. Sin excepción de personas lo mismo que los que han sido licenciados, y los desertores que aparezcan en toda su jurisdic-

ción, todo esto recomienda se haga a la mayor brevedad y sin pérdida de tiempo.

Pongo en su conocimiento que hemos perdido el punto de Azua y sus inmediaciones junto con mas de doce piezas de Arta. y cuanto en él había, siendo la causa, la ninguna disciplina y mas que todo la cobardía de las tropas acantonadas allí, pues se retiraron sin un tiro de fusil, (en desorden) dejando solos los Generales qe. las mandaban, y éstos pr. mas qe. quisieron impedir el completo derrote en que ivan las tropas tuvieron que retirarse, viendo que ninguno hacía resistencia al enemigo que en el mismo momento se apoderó de Azua.

El General Pedro Santana, marchó ésta mañana pa. Sabana Buey lugar del Canton General, pa. unirse con el Genl. Dubergé a fin de tomar las medidas necesarias, pa. impedir que pasen ntos. enemigos mas adelante y combinar el plan de defensa que deben poner en ejecución. Dios gue a V. ms. años.

Román Franco Bidó

(Archivo General de la Nación. Copiador de Oficios del Ministerio de Guerra y Marina, 1849-1851).

Documento número 11

Señor Coronel Juan N. Ravelo.

Apreciable amigo: Esta tiene por objeto darle una idea de nuestro estado actual, respecto a la desmoraliza-

ción de nuestras tropas y del estado de defensa en que nos encontramos.

Respecto a la desmoralización, fué mucha. La causa la atribuyo a que jamás ha sido castigada la insubordinación en otros acontecimientos semejantes a estos. No acostumbrada la tropa a obedecer la voz del jefe, nada pueden hacer los oficiales en el momento del desorden.

Hoy tenemos, aunque no un gran número de tropa, lo preciso para resistir al enemigo, que si no se tiene miedo muy bien se pueden defender.

Hoy ha salido una poca de tropa, de la gente de Neiva, Azua y Las Matas para las fronteras, y se irán mandando sucesivamente, pues así que han sabido el paradero de sus familias se están reuniendo, -y creo dentro de pocos días habrá la suficiente gente. Hago esta explicación con el fin de que se desmientan las noticias que puedan hacer correr del mal estado de nuestras fronteras y demás que puedan agregarse. Es muy posible que con alguna idea o mira se extiendan pintando el mal estado de las cosas, y no deben llevarse de todo lo que se diga, y sí, aunque no debo decirlo, de lo que yo escribo, porque nada me anima, ni nunca he dicho otra cosa que la verdad y lo que tengo por cosa muy cierta.

Con fecha del 7 del corriente escribí al General Duvergé para que remitiera a la Capital al General Alcántara y al Comandante Batista, del batallón de Azua, de cuya orden he tenido la contesta siguiente: "Señor Presidente: acuso a Vd. recepción de su oficio fecha 7 del corriente, e impuesto de su contenido le diré que inmediatamente oficié al General Regla Mota para que ordene al General Valentín y al Comandante J. Batista se presentaran an-

te Vd. Con respecto al último no le remito proceso verbal porque ignoro los motivos porque se retiró, pero que él dará su descargo verbal”.

Este punto de Sabanabuey se encuentra al mando del General, y el General Bernardino Pérez está en la Boca de la Palmita a la cabeza de los hombres que se han reunido. El General Sosa tiene la orden de encargarse del puesto del Número, y Contreras en el Portezuelo del Maniel con la fuerza que se le ha reunido.

En este momento parto al Maniel con el objeto de comunicarme con la gente que se encuentra en Las Lagunas. La carta de Duvergé prueba que no está en muy mal estado el cantón.

Después de haber llegado a ésta llegó el General Santana y me manifestó una necesidad de quitar al General Valentín del Cantón, a lo que respondí que la orden de remitirlo a la Capital estaba dada, lo mismo que se había hecho con el Comandante Batista. Fué puesto a bordo de la Flotilla el General Alcántara, porque lo creyó más seguro el General Santana; pero no lo fué el Comandante Batista, que también había sido llamado en igual que el General Valentín. Yo inmediatamente hice cumplir la orden que había dado de que se presentara a la Capital, para que allí se descargue de la falta de cumplimiento de la orden que le fué dada de permanecer en Los Conucos después de haber defendido la entrada de dichos Conucos, lo más esencial, y a lo que se puede atribuir la pérdida de Azua. Si en Batista no hay mala fe en la falta que ha cometido, no es nada menos la desobediencia y mayormente en momentos que atacaba el enemigo, y que casi dependía la victoria, o la pérdida total de Azua y lo más

que pueda venir, de no haberse hecho la defensa de Los Conucos, o a lo menos de no haber hecho diligencia alguna. Este hombre debe justificarse, para lo cual lo remito al Gobierno, quien averiguando y apreciando su falta o ignorancia, determinará lo que juzgue más conveniente.

Desde mi llegada a ésta me he ocupado de formar un proceso verbal sobre la pérdida de Azua.

Jiménez.

Baní, 12 de Abril de 1849.

(García, "Guerra de la Separación Dominicana", p. 44).

Documento número 12

Número 123.

13 de Abril de 1849.

A los Jefes políticos de
la Vega y Santiago.

Honorable Señor: A esta hora que son las doce del día no ocurre nada de extraordinario. El Presidente, General Santana y otros Generales se hallan en Sabana Buey, lugar donde se halla establecido el Cantón y de parte de los haitianos no se observa la marcha de Azua donde se hallan.

Ocurre únicamente, que el General Valentín Alcántara y el Comandante Juan Bautista son remitidos a esta Capital por el Señor Presidente y el General Santana pa-

ra ser pasados por Consejo de Guerra por sospecharse de ellos, a esta hora aun no han llegado y vienen por mar.

La menor ocurrencia pondré a su conocimiento y sin mas que comunicar.

Dios guarde a V. muchos años.

Román Franco Bidó

(Archivo General de la Nación. Copiador de Oficios del Ministerio de Guerra y Marina, 1849-1851).

Documento número 13

ACCIONES DEL NUMERO Y BATALLA DE LAS CARRERAS. PARTE OFICIAL. 4 de mayo 1849.

DIOS, PATRIA Y LIBERTAD
República Dominicana.

ROMAN FRANCO BIDO
General de Brigada y Ministro de la Guerra y Marina.

Dominicanos: La Providencia os protege; la suerte os volvió la espalda algunos días para probar vuestro valor, y de nuevo os concede los favores de la victoria, y los haitianos huyen para sus hogares destrozados por las lanzas y machetes de nuestros bravos dominicanos y acosados por el hambre; tal vez allá los espera la guerra civil con todos sus horrores, por complemento de los males con que



Dios los castiga porque desconocen la justicia de nuestra causa.

Por los partes que veréis a continuación, os impondréis del estado actual de la guerra:

Sabana Buey y Abril 17 de 1849.

Pedro Santana, General de División y Jefe de las Fronteras. Al Señor Ministro de la Guerra. Señor Ministro: Después del parte que comuniqué a usted esta mañana he recibido otro del tenor siguiente: "Puesto del Número 17 de Abril de 1849. Antonio Duvergé, General de División y Comandante de las Fronteras del Sur. Al Señor General Pedro Santana, Comandante en Jefe de las mismas. Señor General: En este momento, como a las once del día, hemos hecho replegar al enemigo, que dejó en nuestros campos de batalla sus muertos que no pudieron cargar.

"La pérdida de los nuestros fué un poco considerable entre heridos y muertos.

"Hasta ahora no sabemos la determinación del enemigo, pero nosotros nos mantendremos firmes a sostener el punto.

Apresúreme usted las municiones que en mi anterior oficio le pedí.

Dios guarde a usted muchos años.— Firmado: Duvergé.— Santana.

Número 76. Cuartel de Las Carreras y Abril 20.

Pedro Santana, etc.— Al Sr. Ministro de la Guerra.

Señor Ministro: Ayer, como a las tres de la tarde, se presentó el enemigo a este Cantón, y habiendo sido bati-

do tuvo que replegar. A las cinco del mismo día recibí esta parte, e inmediatamente dispuse amanecer aquí, como en efecto lo hice; todo el día lo hemos tenido a la vista, pero hasta ahora, que es la una del día, no ha hecho ningún movimiento. Si algo ocurriese se lo participaré a usted inmediatamente.— Dios Guarde, etc. — Firmado: Santana.

Número 77. Puesto avanzado de Las Carreras y Abril 21.

Pedro Santana, etc.— Al Señor Ministro de la Guerra.— Señor Ministro: En el mismo momento que son las cinco y media de la tarde, hemos principiado el ataque y de tres piezas que tenía el enemigo le quitamos dos, las más grandes, y lo derrotamos completamente; no ha habido de nuestra parte ningún muerto, y sólo tres heridos.

Dios guarde a usted muchos años.— Firmado: Santana.

Número 78. Cantón de Las Carreras y Abril 22.

Pedro Santana, etc.— Al Señor Ministro de la Guerra.— Señor Ministro: Ayer, a las cinco y media de la tarde, dí parte a usted muy sucintamente del ataque que tuvo lugar, por que en aquel momento no se había aún explorado el campo y quise adelantarle la noticia de nuestra victoria; pero ahora daré a usted los detalles siguientes: En primer lugar el enemigo principió por cañonear con una pieza de a 12 que tienen montada en una altura, el puesto que ocupamos para descubrir el campo, y después de haber echado una porción de balas sobre nosotros bajaron las otras tres piezas, dos de bronce y una de hierro; y pues-

tas en batería, principiaron por atacar el ejército que estaba apostado a las márgenes del río, y que había yo arreglado y dividido el día 18 en la tarde en cuatro divisiones, mandadas una por el Coronel Francisco Domínguez, otra por el Teniente Coronel Blas Maldonado, otra por el Teniente Coronel M. Evangelista y la cuarta por el Teniente Coronel Antonio Sosa; los generales de brigada A. Alfáu, B. Péres, y M. Marcano, a quienes el mismo día 18 entregué este puesto, los dos primeros como encargados del ejército en movimiento y el tercero haciendo funciones de Comandante de Armas, corrieron al instante, se pusieron a la cabeza de las mencionadas cuatro divisiones e inmediatamente principiaron el ataque.

Después de cerca de una hora de un combate tan desigual, nuestras tropas, con sus beneméritos jefes a la cabeza, cargaron sobre la artillería enemiga, y metiendo mano al arma blanca se apoderaron de ella al mismo tiempo que llegué yo con la caballería que estaba al mando del Coronel Pascual Ferrer.

Tanto de los jefes superiores, subalternos, como de todo el ejército en general, no tengo que hacer sino elogios de su patriotismo y valor, pues todos me han acompañado con entusiasmo y están dispuestos a perecer primero que a sucumbir.

La pérdida del enemigo ha sido considerable, y dentro de los muertos hemos cogido y enterrado, en el Hato La Carrera, de la propiedad del Dr. Caminero, lugar del ataque, dos generales, uno de división y otro de brigada, según las insignias que tenían; y otro que murió. también de división, por ser cerca de noche, se quedó en el campo, y se lo llevó el enemigo; también perecieron infinidad de

oficiales, según todas las insignias que ha cogido la tropa, las que remito a usted junto con las de los generales y dos banderas, una del regimiento 2 y la otra del 30, para que las vean y me las conserven ahí, a fin de devolvérselas a los que la cogieron, según se lo he ofrecido. Los fusiles y demás despojos de que se apoderó la tropa, cada uno conserva los suyos.— Dios guarde etc.— Firmado: Santana.

Cantón de Las Carreras y Abril 23.

Pedro Santana, etc.— Al Señor Ministro de la Guerra.— Señor Ministro: Ayer, como a las dos de la tarde, viendo la pertinacia del enemigo, después del sangriento ataque que tuvo lugar el día 21 a las cinco y media de la tarde y de la considerable pérdida que tuvieron, pues su campo se encuentra sembrado de muertos y sepultura de los que pudieron enterrar, bajo el fuego que incesantemente nos hacían sobre nuestro puesto con las dos piezas de cañones que les quedaban en las alturas de que estaban posesionados, determiné (porque no podíamos permanecer en un estado de inacción) despachar guerrillas sobre las montañas a derecha e izquierda de su puesto, según que ellos pretendieron hacerme, para atacarlos en los puestos avanzados guarniciones que tenían en ambas alas, y conseguir por este medio no solamente inquietarlos, sino también apercibirme de sus operaciones para haberlos atacado hoy en brecha.

En efecto, nuestras guerrillas salieron de aquí ayer a la hora mencionada, y como a las cuatro y media principiaron a hacerles un fuego tan vivo por ambos lados que

la guerrilla del ala derecha, mandada por el Comandante Aniceto Martínez, llegó hasta las piezas de cañón de tal modo que a su vuelta y sin pérdida de ningún hombre y sólo un herido, a pesar del cañoneo tesonero con que los batían sostuvo el fuego y consiguió coger dos potes de metralla y no las piezas de cañón porque las fuerzas no eran suficientes; la del ala izquierda, mandada y dirigida por el Capitán Bruno Aquino y Bruno del Rosario, como prácticos del lugar les hizo tanto estrago sobre las alturas, que a nuestra vista misma les veíamos cargar los muertos.

Estas guerrillas, según las órdenes que tenían, así que vieron que el enemigo quedó aterrorizado, se retiraron como a las seis de la tarde.

El enemigo, incontinentemente, principió desde su altura a cañonear este puesto, según se ha visto, para efectuar su retirada, que la ha hecho tan lleno de terror, que dejó las dos piezas de artillería con que nos batían y hasta los caballos de sus dragones que no podían hacer marchas forzadas en su retirada.

En esta virtud, hoy, a las seis de la mañana, he tomado posesión del puesto del Número y encomendádoselo con una guarnición suficiente al Teniente Coronel Marcos Evangelista, habiendo mandado espías que sigan los pasos de los haitianos para saber su paradero; por consiguiente, me ocupo en este momento en dar mis órdenes para dejar una guarnición aquí, que auxilie al Comandante Evangelista en caso necesario, y marchar con el resto del ejército por el lado de Sabana Buey para las playas, en donde por las pocas tropas que tenía, sólo se encontraba una fuerza de ciento cincuenta hombres ,reservándome

dar cuenta a usted de cualquier resultado que haya después.

Dios guarde etc.— Firmado: Santana.

Cuartel General de Sabana Buey, 24 de Abril.

Pedro Santana, etc.— Al Señor Ministro de la Guerra y Marina.— Señor Ministro: A las cuatro y media de la tarde salimos para el cantón de la Boca de la Palma, a fin de dar allí mismo la disposición de desembarcar las dos piezas que me remitieron de Santo Domingo que aún permanecen a bordo; pero como a la media hora después de nuestra llegada tuvimos el dolor de ver aparecer las llamas que brotaba el desgraciado pueblo de Azua, pues parece que el enemigo, al sentir que nuestras avanzadas se acercaban, escarmentando ya de nuestras valerosas tropas, tomó la bárbara disposición, para librarse de ellas, de incendiar, con desprecio del derecho de gente; por consiguiente, allí mismo se determinó que las tropas de Palma se embarcaran inmediatamente para llegar a Azua mañana temprano, y que las de los otros cantones hicieran lo mismo por tierra, como también que el General Duvergé pasara a Azua a encargarse del ejército hasta mi llegada, que será mañana en la tarde.

Dios guadre etc.— Santana.

Santo Domingo y Mayo 4 de 1849 y 6o. de la Patria.— Román Franco Bidó.

Santo Domingo, Imprenta Nacional, año 1849. Ignacio González. (Rodríguez Demorizi: Guerra Dominico-haitiana, C. T. 1944.)

Documento número 14

DIOS, PATRIA Y LIBERTAD
República Dominicana

Al Cónsul Inglés

Honorable Señor:

El Gobierno Dominicano, en vista del oficio de V. S. de 20 de los corrientes dirigido a este Ministerio, relativo á los rumores é informes llegados al conocimiento de V. S. sobre la sesión secreta del Congreso Nacional del día anterior, y para dar una prueba que por su parte no pone obstáculo a la negociación del Tratado, me encarga de contestar a V. S. que las críticas circunstancias y operaciones de la invasión de un enemigo, que desconoce el derecho de gente, de que V. S. conoce todos los detalles *y después de las entrevistas privadas tenidas con V. S. y su respuesta;* fuerza ha sido invocar la protección de una Nación, sin que por este hecho preliminar se haya la República Dominicana desposeído de su independendencia, su soberanía y su nacionalidad.

Con esta aseguanza creo haber llenado lo bastante el objeto de su citada nota para los fines a que se refiere, repitiendo los sentimientos de amistad y consideración que animan al Gobierno para con la nación que V. S. tan dignamente representa; y como igualmente la nota de V. S.

de esta fecha relativa a lo mismo que en este momento acaba de recibir.

Dios guarde a V. S. muchos años.

Santo Domingo y Abril 24 del 1849.

(Firmado) Dr. Caminero.

*Doc. número 18, Exp. número 7, Leg. número 2, Sec. RR.
EE. A. G. N.*

Documento número 15

CONSULADO BRITANICO

Sto. Domingo, Noviembre 23 de 1849.

Al ministro de Relaciones Exteriores.

Señor:

En contestación a su nota fecha 19 de Octubre, tengo el honor de haceros saber que el Doctor Caminero, Ministro de Relaciones Exteriores durante la última administración, deseaba el 9 de Abril último, tener una entrevista conmigo en la que observó que el Sr. Presidente de la Repca. Dominicana le había suplicado de decirme que había llegado el tiempo de enarbolar el Pabellón Británico en esta Repca. y me preguntó que hasta qué punto protegería esta medida. Dijo que había un fuerte partido en favor de esa medida, no solamente en la Ciudad sino en el Campo y que la mayoría era de opinión que la popula-

ción no podía prosperar sino bajo la protección de la Gran Bretaña, y evitar otra invasión. Dudaba que sin ser socorridos, ellos pudieran siempre vencer sus enemigos porque la población Haitiana era mucho más grande que la suya.

Yo le dije francamente al Ministro que no tenía instrucciones para un caso semejante, y que así mismo no podía prestar oído a su proposición que era de tan grave importancia, y que sin instrucciones especiales del Gobierno de S. M. yo no podía tomar la responsabilidad sobre mi. Sin embargo prometí dar conocimiento de la materia al principal Secretario de Estado de Relaciones Exteriores de S. M., y como el Doctor Caminero observó que mucho tiempo se había de pasar antes de obtener una respuesta, condescendí con su especial súplica para darle conocimiento del sentido de esta entrevista a S. E. el Gobernador de Jamaica, el que, como yo lo esperaba evitaría igualmente de tomar sobre si semejante responsabilidad. A la conclusión de esta entrevista supliqué al Doctor Caminero que comprendiera bien, que si antes de la llegada de instrucciones del Gobierno de S. M., la Bandera Británica o cualquiera otra que no fuera la Bandera Nacional de la R. D. se enarbolaba en los fuertes y puertas de esta ciudad, yo me haría el desentendido y suspendería mis relaciones con el Gobierno. Igualmente repetí esta observación en otra ocasión al último Presidente.

El Señor Buenaventura Báez entonces Presidente del Congreso, me visitó al día siguiente (10 de Abril) y me informó que no venía en esta ocasión como particular, ni como amigo, sino autorizado por sus colegas para hacerme ciertas proposiciones, que encontré iguales a las que

me hizo el Ministro el día anterior solamente con la diferencia que me dió a entender plenamente que daría la preferencia al Poder sea Británico, Francés o Anglo-Americano que ofreciera las mejores ventajas, asegurando el Protectorado, y que prometiese la necesaria intervención armada y el socorro pecuniario. Mi contesta fué simple, y enteramente conforme a la que le dí el día anterior al Ministro.

Sin detallar las diferentes entrevistas que tuve con el último Ejecutivo de esta República, durante las cuales semejantes proposiciones se me hicieron, solamente haré mención de una, en la que estaba presente el Sor. Elliot, Agente de los E. U., cuando la proposición de enarbolar el Pabellón Británico fué renovada, y rechazada por mí. (evitado por mí)

Este es Sor. Ministro, el verdadero hecho del caso respecto al que U. me ha pedido informes. Este informe se lo he dado a U. sin demora, y del mismo modo de franqueza y principio de buena fe con los que dice U. su Gobierno está obrando. Me es sin embargo muy sorprendente, de leer en su oficio del 19 de Octubre que el Dor. Caminero le hubiere negado ningún conocimiento de estas ocurrencias, como yo me había esperado que el amor a la verdad de este caballero, lo hubiera encaminado a contar los hechos como ocurrieron. Me presumo pues que su observación "quien asevera no haber refrendado jamás semejante acto, ni haber tenido conocimiento de su existencia", es por decir lo menos, ambigua. Confieso ciertamente que no existe ningún documento formal con respecto a estas proposiciones hechas verbalmente por individuos que en esa época ocupaban altos puestos en su República, que

me hiciesen dudar que ellos dijese lo que dijeron. I por otra parte estoy tan bien enterado de los principios que animan al Gobierno de S. M. en general, para entrar en una correspondencia con el último Ministro de Relaciones Exteriores de la República Dominicana sobre el particular; y yo dí puramente una respuesta dándole parte de la proposición al Lord Palmerston. Estaba muy persuadido en su imaginación que viniendo algo antes de la llegada y solicitud de los Comisionados que su Repca. había mandado a Europa a procurar el reconocimiento de su independencia, el Gobierno de S. M. tendería la mano de amistad, no con las miras de agrandar los dominios de la Corona Británica con una sola pulgada, sino de buena fe y con la esperanza de contribuir con tal medida a la estabilidad de la joven Repca. de verla próspera, y de agrandar por esta prosperidad las mutuas relaciones de Comercio entre los dos países. De suerte Sor. Ministro que pensé sería inutil entrar en ninguna correspondencia con la pasada administración en una materia que no podía concordarse. Sin embargo si una evidencia circunstanciada se necesita de que esas proposiciones me fueron hechas por el Dor. Caminero, la Copia del oficio incluso se la dará. El párrafo que he sulineado, hace alusión a la entrevista que el Dor. Caminero me pidió a fin de hacer la proposición de enarbolamiento de la Bandera Británica.

La respuesta que recibí de Lord Palalmerston sobre el objeto de las proposiciones hechas por el Dor. Caminero, el Sor. Báez y el ex-Presidente de la República, tuve el honor de comunicarla en extracto al Libertador General Santana.

Tengo el honor de renovaros la aseguranza de mi más alta consideración, con la que tengo el honor de ser,

Sor.,

Su más obediente y humilde servidor

(firmado) Robert H. Schomburgk.

(Correspondencia del Cónsul de Francia. Tomo II.)

Documento número 16

DICIEMBRE 1o. de 1849.

No. 20.

Al Consul de
S. M. B. en Sto. Domingo.

Señor Consul:

Por la segunda respuesta que V. S. tuvo a bien dar el 23 del ppdo. a mi oficio del 19 de Octubre, veo que nunca ha ecsistido en sus manos ningun documentos formal ni autentico relativo a una solicitud cualquiera de Protectorado Británico a nombre de la Reppca. Dominicana.

No habiendo sido absolutamente motivado mi oficio, como parece creerlo V. S. en su comunicación de 30

de octubre, por *relaciones particulares, o informes inoficiales* ecsistia de parte de mi Gobierno un grande interés en profundizar la verdad en una cuestion de tanta gravedad. Así pues, no puedo menos de dar a V. S. las gracias por las esplicaciones claras y positivas que se ha servido transmitirme y era el único objeto de mi citado Oficio.

En cuanto a las conversaciones particulares a que hace V. S. alusión, y sin darles mas valor que el que merecen simples platicas sobre negocios tan graves; estoy encargado por el Sr. Baez, actual Presidente de la Reppca. de recordar a V. S. ecsactamente las palabras de que se sirvió en esa ocasion. El Sor Baez ha dicho muchas veces, y lo ha repetido a V. S. mismo, que en su conviccion la R. D. necesitaba, para llegar a una situacion prospera, la proteccion de una poderosa Nacion, ya fuesen los E. U. de America, la Inglaterra, la Francia o la España. Esta idea está tan gravada en su mente, que no tuvo embaraso alguno en formularla en el Programa que presentó en la Sesion solemne del Congreso, a su Instalacion como Presidente de la Reppca. Pero es cuanto ha podido tener el honor de decir a V. S. en esas conversaciones, siendo imposible admitir bajo ningun aspecto la similitud que parece hacer V. S. de sus proposiciones con las que dice le fueron hechas por el Sor. Caminero, y en particular la de enarbolar inmediatamente el Pabellon Británico.

Seame licito, Sor Consul terminar aqui de una vez este incidente, que, a la verdad, en nada influye sobre la cuestion principal, bien patentizada al presente, a saber: que el porvenir de nuestra Reppca. no se encuentra ligado con ningun compromiso formal acia el Gobierno de S. M. B.

Tengo el honor de reinterar a V. S. los sentimientos de mi mas alta consideracion.

firmado. *M. J. Delmonte.*

CANTO

A los dominicanos después de la batalla de Las Carreras

¡Salud, hijos heroicos del Ozama:!
¡Salud, bravos é invictos caballeros!
¡Con inefable júbilo os aclama
Mi debil voz por inclitos guerreros.!

Pues aunque es cierto que la cruda guerra
Estiende ahora su vertigo doquier,
Haciendo retemblar toda la tierra,
Los tronos bambolear ó descender:

Aunque esa culta é ilustrada Francia
En torrentes de sangre se ha inundado,
Y peleando sus hijos han probado
Su valor, su denuedo y su arrogancia;

No es el amor de patria sacrosanto
Quien enciende en sus pechos ese fuego,
Pues que no escuchan el ardiente ruego,
Que les dirije con acerbo llanto.

“¿Pensais, les dice ,que gozar podré
“Del honor que alcanceis con la victoria?

"¿No veis que aunque unos os cubrais de gloria
 "Otros yertos en tierra los veré?

"¿No sois todos mis hijos? ¿y creís acaso
 "Que gozar y sufrir podré á la vez?

"¡Oh! suspended el iracundo brazo,

"Volved de esa mortifera embriaguez.

"Decis que lidiais solo por mi bien,

"Y me sumis en llanto y desventura:

"Con esa guerra fratricida y dura

"Negra mancha estampais sobre mi sien

"Un extraño enemigo solamente

"Debiera encarnizaros de esa suerte:

"Heroica sería entonces vuestra muerte,

"Y digna de laureles vuestra frente.

"Pero ¡Dios de bondad! nadie me escucha,

"Y ni mi voz, ni mi súplica se atiende,

"Que no es por mi que ensangrentais la lucha

"Ni por mi es esa rabia que os enciende.

"Que cada cual en diferente bando

"A la liza se arroja con ardor,

"Por solo el propio bien que va buscando,

"Y el hacerse mi dueño y mi Señor."

Pero nunca la patria, de vosotros

Asi se quejará, Dominicanos,

Que nunca allí se ha visto unos con otros

Combatir los heroicos ciudadanos.

Que si franco y risueño el corazón

En la patria mostrais tan dulcemente,

Os tornais en terrífico Leon

Contra aquel que ofenderla osa insolente.

Por eso con denuedo y valentía,
Y con solo la ayuda del Señor
Sacudisteis el yugo en que os tenia
De esa canalla el bárbaro rigor.

De esos hombres incultos, miserables
Que el incendio y la muerte son su tema;
Por su impiedad y vicios execrables,
Dignos de adversión y de anatema.

Rapaces nuestros bienes usurparon
Los mas santos derechos despreciando:
Nuestros templos augustos profanaron;
Y hasta las tumbas con furor nefando.

Vióse al ministro del altar golpeado
Las alhajas de un templo en las Orgías;
Y vieronse ¡que horror! manos impías
Atentar á un Pastor santificado.

Y entre tanto yá que el Orbe se olvidaba
Que nuestra patria misera existia;
Y esa gente feroz y tan impía
Sus bellezas en ruinas las trocaba.

Mas á una voz, á un grito, de repente
Os arrojais sobre ellos con bravura:
Los batis y espulsais cumplidamente
En todos infundiendo la pabura.

Solo de Dios el nombre poderoso
Invocasteis lidiando, y os oyó;
Que vuestro brazo noble y vigoroso
Sus falanjes inmundas destrozó.

Y ni entonces ¡oh amigos! el favor
Alcanzasteis de Pueblos ilustrados,

y en vuestro desamparo y su furor
Exterminio os juraron los malvados.

Vuestros votos ardientes, vuestro anhelo
Era ver rescatado de opresión
Vuestro siempre querido patrio suelo,
Y con gloria erijiros en Nación.

Empero tan tenaces como impíos
Sostuvieron la lanza en vuestra mano,
Combatiendo exaltaban vuestros bríos,
Y sentían el poder Dominicano.

En luchas y en afanes sin cesar
Seis años transcurrieron de esa suerte,
Violando ellos el linde del hogar,
Enviándoles vosotros pronta muerte.

En asquerosas turbas apiñados
Piensan gozosas penetrar al fin,
E ilusos se prometen sus soldados
La Victoria, el pillaje y el botín;

Y el despota recibe ya loores
Por el triunfo que cree le dé el destino,
Y el despota ya atiza sus furores
Para surcar con sangre su camino.

Empero se olvidaron los malvados
Que escuda Dios vuestra feliz bandera,
Y antes que ser vencidos ó humillados
La muerte preferís de horrible hoguera.

No miraron que estaba allí el campeón
Creador de esta república naciente:
El que la libertó bizarramente
De su cruel vilipendio y opresión.

¡Que! ¿os olvidasteis ya de aquellos días
En que solo su nombre os aterraba,
Y que temblando y pavorosos huías
Al punto que en el campo se mostraban?

Pues á fé que teneis poca memoria,
Y no echasteis de ver que furia tanta
Aumenta sus laureles, y su gloria
Más brillante y excelsa se levanta:

No pensabais quizas, que si dormido
Muy tranquilo reposa el Leon valiente,
Se despierta de súbito al ruido
Del bruto que se acerca irreverente;

Y que lleno de fuego y de furor
Se abalanza al rapaz y lo devora,
Antes que ose volver del estupor
Con que el rugido y su mirada azora.

Mas ¿no veis? ¿no escuchais? él es quien viene,
Y vibrando la lanza con fiereza
El entusiasmo de los suyos tiene
Al alzar con orgullo la cabeza.

Es SANTANA... invencible como fuerte:
El llega con su ejército esforzado,
¡Ay de vosotros! pues que ya ha sonado
Vuestro día de exterminio, horror y muerte.

Por tres veces el sol llegó á su ocaso,
Y otras tres despuntó por el Oriente,
Observándolos siempre paso á paso
Sin haber reclinado vuestra frente;

El cuarto amaneció para alumbrar
Su derrota, su fin y vuestra gloria:

Suya fué la amargura y el llorar,
Y vuestro fué el contento y la victoria.

Llega el héroe y exclama: ¡Compañeros!
Al enemigo vamos á destruir;
Empuñad cual sabeis vuestros aceros:
Escojed, ¡ó vencerlos, ó morir!

Dijo: y sobre ellos de tal modo
Se arrojan con esfuerzos sobre humanos,
Que en el primer encuentro queda todo
Cubierto de cadáveres haitianos,
Cual de verde y frondoso platanal
Las altas cepas sucumbiendo van,
En la fecunda tierra tropical
Al ímpetu y furor del huracan.

Tal fué el denuedo, aplomo y la presteza
Con que todos cual buenos á la lid
Se lanzaron, con mortal crudeza
Hiriendo cada cual como adalid.

Diez mil de ellos osaron la ribera
Pisar del bello Ocoa, y sus raudales
Con la sangre enemiga que corriera
De púrpura cubrió los cascajales.

Ochocientos no mas erais vosotros;
Mas fuertes y valientes cual ninguno:
Para diez combatientes de los otros
Era de sobra de los nuestros uno.

¡Gloria inmortal al héroe que ha salvado
A la patria de horrenda destrucción!
Su nombre será siempre venerado
Por quien tenga sensible el corazón.

Y nosotros en tí siempre veremos
 Nuestro Pelayo noble y valeroso,
 Nuestro Moises sublime y generoso,
 Y á sus nombres el tuyo adunaremos.

Qué si uno al pueblo Hebraico libertó,
 Y si él otro salvara al suelo Hispano,
 Tu poderosa mano derrocó
 El yugo que oprimia al Dominicano.

¡Campos de la Carreras! en sus anales
 Vuestro nombre por siempre eternizado,
 La patria lo unirá á los inmortales
Najayo, Savanreal y Palo-hincado

Allí habria yo vertido amargo llanto,
 Si hubiese presenciado la partida
 De aquellos que arrastraron riesgo tanto
 En lucha desigual acometida;

¡Mas cual seria mi dicha en aquel dia
 Al verlos todos retornar triunfantes,
 Y al ver cuando bizarro brillaría
 De entusiasmo y de gloria sus semblantes!

¡Cuan gozosas hubieramos tejido
 Coronas de laurel, de mirto y rosas,
 Y con ellas hubieramos ceñido
 Su frente despejada, esplendorosa!
 Su frente despejada, esplendorosa!

Y al compas del belico instrumento
 Los himnos de victoria habria entonado,
 No triste como canto este momento
 En tierra hospitalaria al despatriado.

¡Con que placer la esposa tierna y pura
 Al regresar su esposo tan valiente

Habria llenado de gozo, y con ternura,
De estrecharlo en sus brazos dulcemente!
 ¡Cuanto seria el placer y el alborozo
De la madre que al hijo idolatrado
Vé tornar á su seno victorioso,
Despues de haber la patria libertado!
 ¡Oh caros compatriotas! plegue al Cielo
Que algun dia muy felices nos miremos
Reunidos en aquel hermoso suelo,
Sin que á huir de la patria mas tornemos.
 Y en tanto mi profunda admiración
Plácidos recibid, Dominicanos,
Pues siempre guardaré en mi corazón
Vuestros hechos sublimes, sobrehumanos;
 Salud, salud invictos caballeros,
Una vez, y otra vez de aquí os envio
¡Loor eterno á tan ínclitos guerreros!
Repetirá sin fin el labio mio.

Habana y Junio de 1850.— *Natividad Garay.*

La Gaceta, No. 11,
Trimestre 1.º Año octavo
de la patria.
Santo Domingo 24 de Agosto
de 1851.
Págs. 43-44.

۱۳۰۴